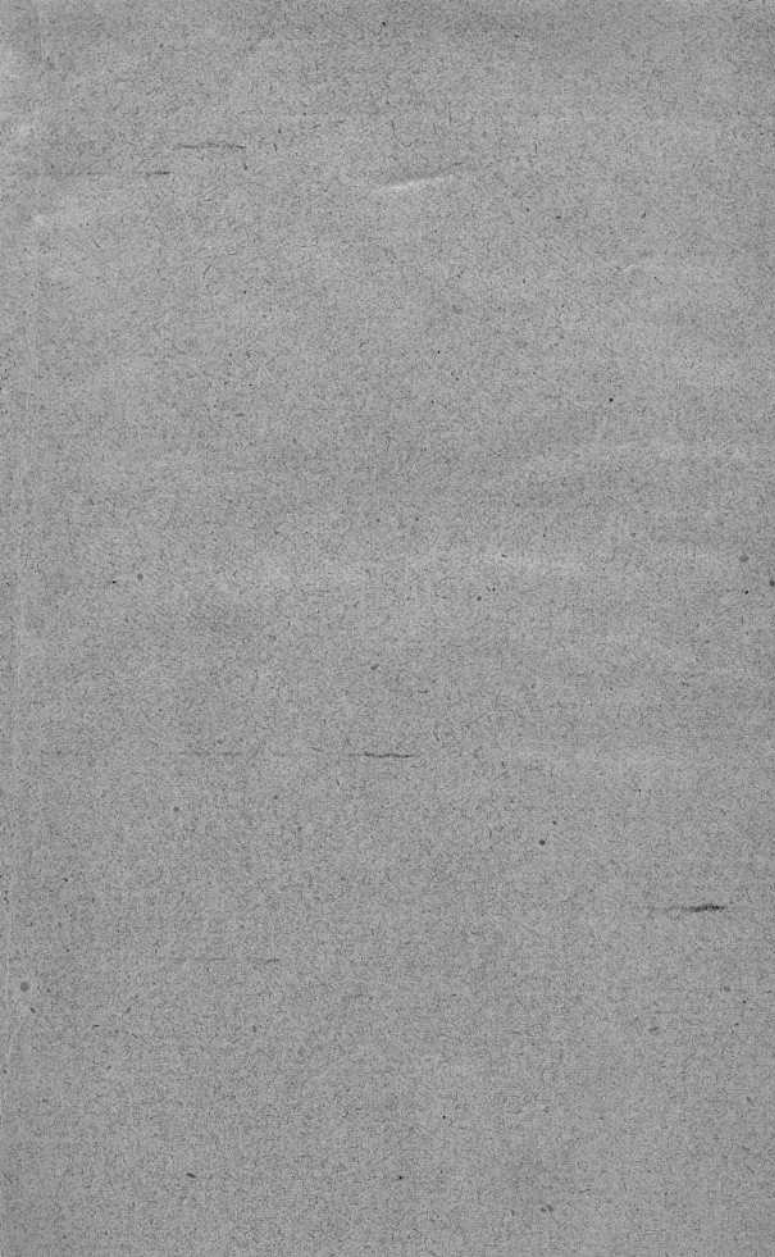


6.







EL SECRETO DE
BELMONTÉ

**SU ARTE
SU FIGURA
EL ENIGMA
LA SUGESTIÓN
POR QUÉ GUSTA
CRÍTICOS Y ERUDITOS
EVOLUCIÓN DEL TOREO
CULTO AL VALOR PERSONAL
FONÉTICA TORERA
NO MORIRÁ EN LOS TOROS
PSICOLOGÍA DE LA MULTITUD**



POR EL DOCTOR ANÁS



1911年

EL SECRETO DE BELMONTE

2

EL DOCTOR ANÁS

(VICTORIO DE ANASAGASTI)

El secreto

de Belmonte



MADRID

Imp. «Artística» de Sáez Hermanos

Calle de Monserrat, 7

1915



ES PROPIEDAD

DEDICATORIA

A Don Mariano de Cavia

Pongo en vuestras manos este libro, no, precisamente, buscando amparo, sino como humilde prueba de admiración á su talento incomparable, á su erudición sin par y á su imponderable laboriosidad.

Pequeño es el testimonio; pero no puede dar más su afmo. y devoto amigo,

VICTORIO DE ANASAGASTI.

POR QUÉ GUSTA BELMONTE (1)

Belmonte inicia una nueva época. — El aficionado se pone al lado del innovador. — Lo que hace Belmonte y lo que obliga á hacer. — ¿Reune Belmonte las condiciones exigidas por Montes al lidiador? — Las suertes parando y las suertes andando.

¿Por qué gusta el toro de Belmonte? ¿Por qué la afición le miró con tan buenos ojos desde el primer día?...

Si los amantes de lo viejo estudiaran el espíritu, la vida, y los nuevos aficionados no estudiaran las fechas, los detalles; como aquellos que presumen saber de Historia porque recuerdan acontecimientos memorables, conquistas, años de reinado, etc., sin admitir que la erudición, la crítica y la filosofía de la Historia sirven para algo, otra sería la suerte de nuestro incomparable espectáculo. Tales procedimientos, negativos, sólo conducen á confusión, á alejarnos más del verdadero conocimiento de la materia.

Aquí vienen, como anillo al dedo, aquellas palabras del filósofo (2) que así ridiculizaba el ori-

(1) Las notas para este y otros artículos de los que componen la obra, vieron la luz en la excelente revista taurina *Palmas y Pitos*. Véase los números 89, 91, 92, 94 y 96 de la indicada publicación.

(2) Balmes.

gen y la formación de muchas relaciones de viajes:

«... si el país es culto, con buenos caminos, con canales, ríos y costas de pronta navegación, el viajero salta de una capital á otra disparándose como una flecha; dormitando en el mecimiento del coche ó de la nave, y asomando la cabeza por la portezuela para recrearse con la vista de algún bello paisaje, ó paseándose sobre cubierta contemplando las orillas del río, cuya corriente le arrebatara.»

«... Ahora reflexione el aficionado á relaciones de viajes, el caso que debe hacer de las noticias sobre un país descrito por un viajero que así lo ha observado.»

Algo parecido ocurre con el moderno aficionado á toros: posee cuatro ó cinco generalidades, no pocas veces erróneas ó disparatadas, y se deja arrastrar por quienes, sin conocer la técnica, se erigen en maestros ó guías.

Pero viene á los ruedos un muchacho que trata de hacer algo distinto de lo corriente, y el aficionado piensa entonces que cabe hacer con los toros algo que no se hacía; habla de las suertes que vió ejecutar *libre de cacho*; compara los procedimientos; cambia de gustos; sueña con una regeneración de la fiesta y eleva á la cumbre más alta al iniciador de este movimiento.

¿Qué importa que sea Juan ó Pedro el innovador? ¿Qué importa que sea ó no completo y que personifique ó no el nuevo arte?

El resurgimiento tenía que venir, era necesario: el resurgimiento llegará. ¿Cuándo? ¿De dónde? Indudablemente del estudio de los modelos y del análisis de lo que dejaron escrito.

El primer paso ya está dado. Esto, que era lo

más difícil, se debe á Belmonte; y aunque los obstáculos del camino sean innumerables, la afición, que ya está iniciada, ó por lo menos, inclinada á la reacción, exigirá al artista que reemplace el viejo por el nuevo sistema.

Belmonte es incompleto; Belmonte es desaliñado; Belmonte no tiene el vigor físico necesario, ni la ligereza que debe tener el lidiador; pero, Belmonte gusta. ¿Por qué? Porque su toreo no tiene engaño; porque no da, como suele decirse, gato por liebre; porque, si no hubiera verdad en lo que ejecuta, la mentira no podría subsistir mucho tiempo á la vista de todos. Y esto no lo niegan los partidarios de los otros bandos en que está dividida la afición, como no lo puede negar nadie.

— ¿Luego el mérito de Belmonte está en lo que ejecuta? — dirá el lector.

Sí y no. Lo que Belmonte hace con los toros es muy poco; aunque justo es reconocer que tampoco tiene motivos para hacer más: lleva poco tiempo en la profesión, y menos codeándose con los que están avezados á andar entre los toros: puede decirse que se hizo matador sin haber sido novillero y sin haber ido antes en ninguna cuadrilla. Pero cuando los toros llegan á la muerte en condiciones; cuando le permiten *colocarse*, no se puede negar que practica suertes como ni viejos ni jóvenes recuerdan haber visto ejecutar á ningún otro. Desgraciadamente, estos momentos son los menos; por lo cual, en los restantes, nos parece un torero vulgarísimo, comprometido, falto de recursos y de cuantas condiciones hemos considerado indispensables al torero.

No faltará quien intente refutar esta afirmación diciendo que el toreo del espada es distinto al del peón; y que si el espada realiza las suertes *paran-*

do (al revés que el otro), tantas más estimables condiciones tendrá el que pára como Belmonte.

Algo hay de cierto: Belmonte pára con los toros tanto como el que más ó más que todos. Pero, en multitud de circunstancias, tiene que valerse de los pies para salir de los embroques (que precisamente por su poca experiencia tienen que ser frecuentes), y así desluce faenas que pudieran haber sido completas.

Belmonte se halla en este caso como Rafael el Gallo; ese hombrecito de 30 años, que pesa 47 kilos y que se ahoga y que no puede muchas veces ni con las zapatillas. En un instante de la lidia en que se ve incapacitado físicamente para enmendarse y ganar, burlando, al toro, arrójase de cabeza al callejón; aunque momentos después se le vea confiado y artista con el mismo enemigo que antes le hizo tomar el olivo...

Tanto uno como otro, Belmonte como Rafael Gómez, se defienden y triunfan por lo que saben y pueden desarrollar en diferentes momentos; pero ni éste ni aquél debían salir al ruedo á ejercer una profesión para la que están tan sobrados de inteligencia (especialmente Rafael), como faltos de desarrollo y resistencia.

Quedamos, pues, en que Belmonte se agiganta en la lidia de algunos toros tanto ó más que ningún otro; pero, que en la mayoría, da la nota contraria. Quedamos en que el público, esperanzado siempre, va á verlo cuando le anuncian, por si tiene la fortuna de admirarle en uno de aquellos felices momentos.

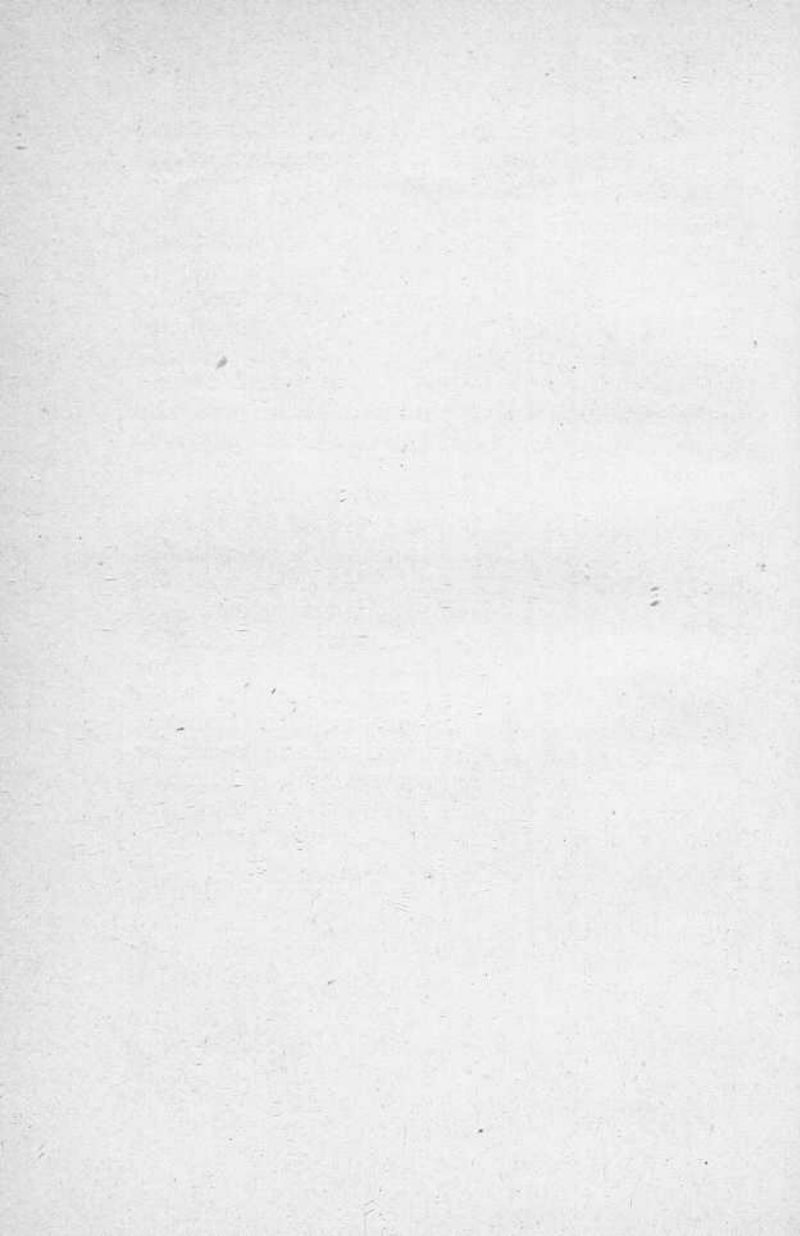
Siendo Belmonte tan desigual, ¿en qué estriba su mérito? Para el aficionado inteligente el mérito de Belmonte está más que en lo que hace, en lo que obliga ó fuerza hacer á los demás; quienes,

temerosos de que Belmonte dé en un toro la emoción que ellos no aciertan á dar, procuran hacer cuanto les es posible, á fin de que el contraste no sea radicalmente espantoso.

Podrán negar á Belmonte la sal y el agua; podrán decir que no es torero ó que es muy corto; pero lo que nadie podrá negar es que bueno, ó malo, con facultades ó sin ellas, á él y únicamente á él se debe que la fiesta de toros haya recobrado el esplendor que dicen que tuvo; á él únicamente se deberá el resurgimiento, la regeneración de una fiesta que era monótona, fría; de una fiesta que iba perdiendo de día en día sus característicos encantos.

No todos se conformaban y se avenían á pagar pesetas y más pesetas por un volapié admirablemente recetado en una corrida de seis ú ocho toros; por ver á un espada emplear la mano izquierda en el manejo de la muleta; por ver correr por derecho á un toro, ó cambiarle oportunamente de tercio; por ver llevar con acierto la dirección. El público se aburría: en todos los toros veía que ejecutaban las mismas suertes, viniesen ó no á pelo, y siempre aderezadas con la misma salsa. Y esta uniformidad en el conjunto, provocaba una uniformidad de sensaciones en el espectador, y por lo tanto, el aburrimiento.

Si admiramos á Belmonte es porque camina solo, aunque camine poco; porque nos saca de la rutina en que nos hallábamos encerrados, y porque, en resumen, eso va ganando el arte.



LOS VIEJOS SON DETRACTORES

Papeles ridículos. — Seriedad mal entendida. — La música en los toros. — Las orejas. — Importancia de la Plaza madrileña. — Evolución del toreo.

Los viejos aficionados, ó mejor dicho, los aficionados viejos deben desaparecer...

No de la vida, ni del Planeta, no; nada de eso, que no les quiero tan mal; pero sí de la congregación que aquí, en esta bendita tierra, llamamos *afición*.

Deben desaparecer, porque la fiesta de toros no nos parece que dice muy bien con las canas; antes al revés, mejor encaja y únicamente en los verdes años; y si me apuran un poco, afirmaré que sólo en los años de soltería.

Porque. . . ¡no me negarán ustedes, que está mal visto que el que cambia de estado continúe inclinado ó se aficione al singularísimo espectáculo de los cuernos!

¿No les parece á ustedes ridículo que un hombre que ha tiempo dobló la cumbre de la vida, se extasíe ante un volapié administrado guapamente y con arreglo á los preceptos táuricos? ¿Que chille (como lo haría un mozo, á quien todo se le

consiente), porque el presidente, el veterinario, el ganadero, los diestros, el asentista de caballos ó el arenero se desviaron en el cumplimiento de sus respectivas obligaciones?

Conste, ante todo, que no debe ser sospechosa nuestra intención, y que no pretendemos retratar á éste ni al otro. Si alguno se creyese molestado, lo sentiríamos; aquí hablamos de todos y de ninguno.

Esos viejos dicen que no es la fiesta de mujeres ni para mujeres. No quieren que las mujeres salgan al ruedo, porque no les parece el ejercicio más indicado para ellas; pero tampoco quieren que haya espectadoras, quitando á la fiesta ese indiscutible y principal encanto, porque, según ellos dicen, roban la vista, distraen, quitan el sentido... Y al aficionado no se le debe tolerar que pierda el tiempo y que no se recree con lo que en el ruedo (1) ejecutan diestros más ó menos avezados á sortear astados.

Y ¿cómo se explican ustedes que, quienes como aquellos, son tan serios, tan coléricos partidarios de lo reglamentado y de lo establecido, que rabian y vociferan cuando los toros no tienen la edad y la presencia exigidas; cuando la lidia no va bien, ó cuando la presidencia no sabe imponerse, sean los mismos ó los primeros en escandalizar, en increpar á la autoridad y á los subordinados de la misma, en molestar á los lidiadores y á las dependencias?

¿Cómo se explican que esos graves señores que se desviven porque la fiesta no desmerezca perdiendo sus fueros, olviden de pronto su papel y

(1) Ruedo, sí, y no anillo, como dicen los aficionados poco aficionados á la Geometría.

desciendan á pequeñeces como la de que en Madrid jamás la charanga (1) debe amenizar faenas de los espadas, ni deben otorgarse orejas, etc.?

¿Es que la Plaza primera, la de la Villa y Corte, dejará de ser lo que es, ó perderá su reconocida importancia, porque á Pelé ó á Melé concedan orejas que antaño no se otorgaron (no era costumbre), ó porque la Banda de música se arran-

(1) Sin embargo, no debe abusarse de la música durante la lidia. Basta con que en determinadas circunstancias y durante un par de minutos la charanga lance sus notas; que siendo la de los toros fiesta de luz y alegría, no debe privársela de ese concurso: pero cabe entorpecerse la marcha de la lidia, porque los toros también se distraen; como puede enveciárseles si la música se coloca encima de los toriles.

Recuerdo á este propósito lo que ocurrió en la plaza de Vista Alegre, de Bilbao, en la tarde del Corpus de 1909.

Lidiaban *Cocherito* y *Chiquito de Begoña* bichos de Teodoro Valle, que, aunque no grandes ni bravos, se dejaron torear; siendo el quinto el mejor, que peleó bien en varas, dando ocasión al *Cochero* de lucir su maestría y al de Begoña de mostrar sus conocimientos y sus grandes arrestos. Ambos espadas trataron de banderillearlo: la Banda dió al aire los primeros compases de una pieza... de las mejores de su repertorio.

Llevaban más de un cuarto de hora los espadas preparando á la res con artísticos jugueteos que se aplaudieron: pero el de Teodoro Valle corrió voluntariamente de extremo á extremo del ruedo, yendo á plantarse en los tercios, frente al lugar ocupado por los bullangueros murguistas. Cansado al parecer, ó quedado por el castigo (que no fué cosa mayor), no parecía hacer caso de los insistentes requerimientos de los espadas; y allí se estuvo hecho un mármolillo, hasta que un espectador hizo notar la distracción del toro. Corrió la voz por toda la plaza y se hizo callar á los murguistas, con gran contentamiento de ellos, que estaban reventados de soplar y soplar.

Acto seguido, el toro *despertó*, recobrando su vigor y su acometividad, y en pocos segundos le colgaron en el morrillo los palos de reglamento.

que con una habanera libidinosa cuando los espadas preparan al toro para quebrarle en banderillas?

No: mil veces no.

La Plaza de toros de Madrid será la primera y principal mientras en otros aspectos no descienda al nivel de las de los villorrios: cuando el abonado sepa exigir que la Empresa cumpla lo pactado con él; cuando el público no se deje avasallar por unos señores caprichosos ó egoístas que todo lo sacrifican al vil interés ó al interés propio; cuando las corridas se organicen bien y sean completas; cuando no se haga del ruedo madrileño una escuela de aprendices; quienes, por el afán de alcanzar pronto una antigüedad ó una categoría ventajosa en la profesión, vienen á debutar antes de tiempo, sin estar en condiciones... En una palabra: la Plaza de Madrid será la mejor y la que dé renombre á los lidiadores, cuando sea un hecho la aprobación del Reglamento que expertas manos trazaron en bien de la fiesta y en provecho de la afición. Entonces no se dirá que para ver buenas corridas hay que trasladarse á otras Plazas, en las que ponen más cuidado en la organización de las fiestas de toros.

Además, los aficionados viejos, que olvidando su seriedad, discuten sobre detalles que en nada interesan al objeto principal, ¿qué ganan en el concepto público? Yo los aprecio y los respeto — como respeto á todos y particularmente á los viejos—, y no quisiera verlos entretenidos en mezquindades que ellos, antes que nadie, deben despreciar; porque ni á ellos ni á nadie favorecen.

Decíame no ha mucho un buen amigo y notabilísimo aficionado:

— ¡Cada vez que veo á uno de esos venerables

señores que tan á pecho toman esto de los toros, pienso si á mí me pasará otro tanto! ¡Si yo también seré como ellos en mi vejez!... ¡Y si esta situación ridícula, inoportuna, anacrónica en que los hallo, será la mía mañana!...

Pues bien—y volviendo al tema—, los aficionados viejos siembran de multitud de obstáculos el camino de la fiesta; y esos obstáculos son las intransigencias, que, generalmente, les distingue de todos.

Y al que se opone al desarrollo natural de un arte (aunque este arte sea el de la lidia), debe combatírsele, como se combate á un furibundo detractor. Dicen que el toreo es arte; pero al mismo tiempo, con sus intransigencias, con sus inmutables doctrinas, con sus capciosos credos, acaban por negar lo que antes afirmaban sentenciosos:

- ¡Montes dijo!...
- *Pepeillo* escribió!... (1)
- ¡*Cúchares* ejecutaba!...

Y no pretendan ustedes sacarles de un error ó de una mala interpretación. Antes lograrán ustedes sacarles de sus casillas, ¡y entonces!...

Sin otra razón en la que fundamentar sus afirmaciones, ni crean, ni producen, ni medran, ni dejan que los demás se atrevan á discutir á Montes, ni toleran *críticos*, cuya existencia está de más

(1) Por razones fonéticas muy fáciles de entender, escribo así *Pepeillo* y no con hache en medio y un guión: como tampoco escribiré jamás *Cara-ancha*, sino *Carancha*, digan lo que quieran. No comprendo cómo el *Doctor Thebussem* no atinaba con el origen de *illo*. ¿No son Joseillo y Pepillo diminutivos de José y Pepe? ¿Cómo, pues, no comprendía que *illo* es apócope de aquéllos?

allí donde haya un *erudito* torero que sepa cuándo *Martincho* debutó en Madrid, cuántos toros mató Pedro Romero, por qué *Cúchares* jamás asistió á la escuela y por qué *Lagartijo* no sabía escribir.

¡Cualquiera se atreve á decir, delante de uno de esos viejos, que no hay razón para que el acto de adelantar el pie contrario en los pases de muleta se considere como una heroicidad, siendo, por el contrario, una ventajilla del torero!...

¿Quién es el guapo que se permite extrañarse cuando uno de esos viejos confiesa que ignora la anatomía del toro y, por lo tanto, las vísceras que el estoque secciona y el por qué se le da muerte rápida?...

¿Y quién se aventura á indicar á uno de esos aficionados que hace mal, que está en un error al pedir que la empuñadura de los estoques sea blanca y no encarnada, con el objeto de ver en qué parte del cuerpo del toro han caído?...

Para ellos no hay ó no debe haber otro toro que el negro, el castaño, el cárdeno obscuro... ¿Han dicho que es necesaria esa innovación en los estoques? Pues, ¡así tiene que ser!... ¡Nada de jaboneros, albahíos, ensabanados ó berrendos que tengan pinta blanca en las agujas! Ni les digan ustedes que la empuñadura nívea dejaría de ser al contacto con la sangre del toro; porque eso equivale á decir que hay estoqueadores que llegan con la mano al pelo... Y ¡eso, en estos tiempos!...

Para ellos no hay más que lo que el *Curro*, el *Chiclanero*, *Pepete* ó Guillén, dejaron sentado; el arte no debe admitir modificaciones, ni mixtificaciones, ni novedades necesarias por el gusto de la época ó de las circunstancias especiales en que

nos movemos; el arte debe ser siempre el mismo, único, invariable...

— ¡Pues no faltaba más!... ¡Discutir á Montes!... ¡Qué valor!... ¡Qué herejía!... ¡Los aficionados de hoy son capaces de todo!...

Que quieran ó no quieran; que se desesperen ó no, lo cierto es que todo lo existente cambia, y que lo que es capaz de progreso, ni puede detenerse ni puede retroceder á lo que fué en otros tiempos. Tal pretensión sería pueril.

Si la fiesta de los toros se dejase llevar de las direcciones ó influencias de esos señores (lo que felizmente no sucederá), caminaría en un sensible y rápido descenso. El arte es arte, precisamente, porque vive de la libertad, de la independencia que necesita para vivir; porque no puede subsistir encerrado en viejos moldes, en círculos pequeños, dentro de los que no es posible moverse con desembarazo (1).

Nosotros respetaríamos al verdadero amante de lo viejo, si existiera; pero los que conocemos constituyen un caso morboso; son enemigos del arte, de toda innovación. Y ese culto que rinden los aficionados amantes de lo viejo, es rancio, es negativo, está cubierto de telarañas y carcomido por la polilla. Ese culto niega la libertad, de la que nacen los contrastes, las riquezas de líneas, los movimientos, lo pintoresco, aquello que emula al artista y que le hace apropiarse lo que cree bueno.

En una palabra, los aficionados viejos son enemigos, son detractores del arte porque son excépticos y porque le quieren someter á media docena de reglas, y acabarían con él si no hubiera quien

(1) Hache, *Doctrinal Taurómico*, pág. 3.

pensase que el arte puede tener infinitas formas y soluciones. Son inquisidores...

¿Por qué reprueban el arte de Belmonte?

Aunque el arte sea uno, por ser su elemento esencial el mismo en todas sus manifestaciones; aunque uno sea el objeto del lidiador, ¿cómo negar que se pueden hacer mil y mil cosas sin tener por patrón á las de siempre? ¿Cómo negar que á ese fin primordial del arte se puede llegar caminando por nuevos y desconocidos senderos?

¿Qué pretenden los viejos aficionados? ¿Que el arte de lidiar toros vuelva á lo que fué en sus orígenes? Pues, entonces, reconozcan que niegan la vida, la existencia del arte: que son reaccionarios, que son detractores de lo que por encima de ellos y de nosotros tiene que evolucionar.

Cuando se les pregunta si Belmonte imita á los clásicos en su toreo de capa y de muleta, no saben qué responder; y si les decimos que pára como no recordamos haber visto á otro, que torea de brazos, etc., acaban diciendo que sí, que les imita.

Y no es cierto; no puede ser. Para que Belmonte pudiese imitarles, ya que por sus años no alcanzó á verlos, era necesario suponer que tenía una cultura profesional torera de la que probablemente carece. ¿Cómo pudo estudiarlos, cómo imitarles?

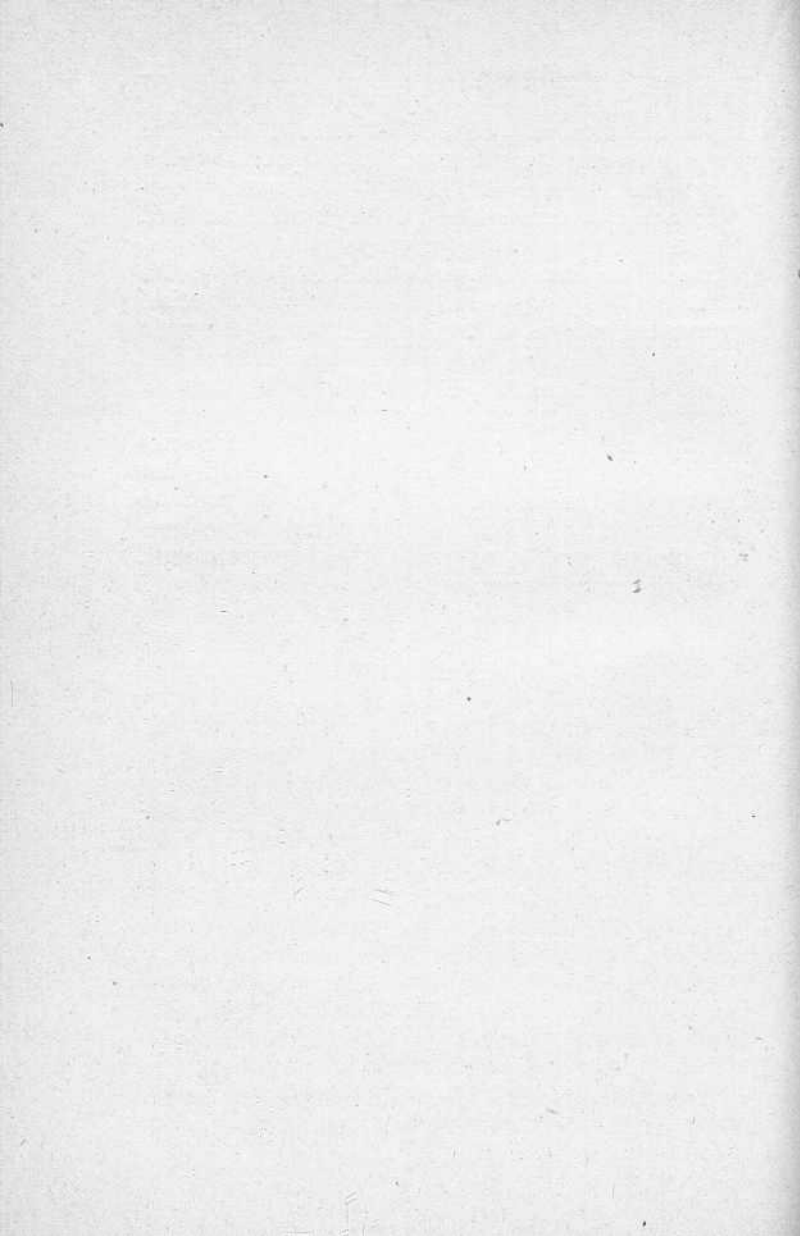
Lo que vió Belmonte — y esto sí que es indiscutible — es la mentira de los actuales y trató de llamar la atención haciendo algo distinto de lo común.

Pero aun el supuesto de que acertó á imitar á aquellos pretéritos artistas, cuyos nombres consagró la fama y se agigantan á medida que el tiempo transcurre, no nos debe interesar. Lo que

sí nos importa es que en ese algo distinto que pone en lo que ejecuta; en ese sello propio que le caracteriza, tuvo que poner y puso mucha verdad; toda la verdad que los otros no la ponían.

¿Que es imperfecto? ¿que es desaliñado? No importa. Es el primero que demostró que se podía hacer con los toros muchas cosas que parecían inverosímiles. Es el innovador, y nadie puede negarle esa gloria.

Los que van contra él son los geómetras del toreo; los que quieren hacer de la lidia un arte invariable, fijo, aherrojado en cuatro ó cinco nociones que constituyen un sencillo abecé; y los que no progresan; los que aman lo caduco, no por su natural belleza, no por su valor intrínseco, sino los que lo aman, ó dicen que lo aman, sólo por odiar lo presente. Los que á todo ponen peros y con nada están conformes...



POR QUÉ ES ESTÉRIL EL AMOR Á LO VIEJO

Belmonte no es imitador. — La regeneración era indispensable. — Interés creciente de la fiesta. — La fiesta era antes monótona y aburrida. — El toreo es arte. — Por qué los toreros jóvenes arrinconan á los viejos. — Belmonte es torero de emoción. — *Paquiro*, *Chiclanero*, Cayetano y *Cúchares*, resucitados.

Hay muchos, viejos y no viejos, que por no reconocer en Belmonte al innovador, al que con su esfuerzo propio llegó á imponer su estilo y á modificar, en gran parte, los gustos de la época, pretenden considerarle como un copista, como un imitador de *Pepeillo*, de *Paquiro* y de Cayetano. Nada nuevo quieren ver en el torero de Triana, y dicen que así como él torea, toreaban antaño aquellos colosos...

Ya hemos dicho que Belmonte no imita ni puede imitar á los clásicos; á los que no alcanzó á verles, ni á los que, seguramente, estudió en sus obras. Tampoco pudo recibir enseñanza de ningún veterano; pues no vive, desgraciadamente, ningún testigo de aquellas *heroicas* épocas.

Lo que Belmonte ejecuta es propio, personal, suyo: á nadie debe su inspiración: previó que se

podía hacer algo nuevo, distinto de lo que se hacía, y que cuanto en este sentido se intentase, tenía que llamar forzosamente la atención.

Y, bien fuese porque sus pocas facultades físicas le obligaban á parar con los toros; ó porque su corazón le llevase á vencer el peligro esperándolo como no era costumbre, lo cierto es, que, bueno ó malo, perfecto ó defectuoso, seguro ó peligroso, bonito ó feo (que en esto para nada debe fijarse el aficionado), Belmonte se impuso, Belmonte adquirió renombre, Belmonte cambió radicalmente los gustos de la afición y obligó á todos á poner un poco más de verdad en cuanto venían ejecutando.

En este sentido, como innovador, como regenerador, no se le deben escatimar alabanzas; porque todas las merece.

La regeneración, diremos una vez más, era necesaria; la regeneración tenía que venir, y esto es lo que debía interesar principalmente al aficionado inteligente: que el arte, en sus maravillosas manifestaciones, vendría por sus pasos contados sumando al esfuerzo de uno las iniciativas y la experiencia práctica de los otros.

Decir que Belmonte torea como toreaban *Pepeillo* y *Paquiro*, es faltar á la verdad. Hoy con Belmonte, con la emoción que él pone en cuanto practica, no hay necesidad de perros, ni de la media luna; no hay necesidad de sumar títeres y mojigangas al espectáculo, ni de que concluyan, para mayor solaz de los concurrentes, ¡con fuegos de artificio!... Si aquéllos hubiesen acertado á dar la emoción de Belmonte, ¿qué falta hubiesen hecho esos recursos extremos y esos espectáculos ridículos, cuyo único objeto era el de proporcionar á los carteles el interés de que carecían?

Y los amantes de lo viejo y caduco que tanta seriedad predicán, ¿por qué no son amantes de aquellos sistemas de desjarretar á los toros, de echarles perros, y de los títeres, bengalas y cohetes?

¡Ah! comprenden que los gustos de la época no van por ahí: saben que hoy se exige al lidiador lo que antaño no se le exigía; que aquellos procedimientos salvajes, aquellos festejos inocentes distan mucho de lo que hoy las costumbres reprueban por anacrónico ó desechan por insulso. Comprenden que aquellos recursos y aquellos alicientes que sumaban á la lidia, son pruebas elocuentes de que la fiesta era en sus orígenes (como tenía que ser), pobre, imperfecta, desmayada: que aquellos artistas del pasado carecían de recursos, habilidades, de cuanto el tiempo ha venido aportando. Y comprenden que si hoy volvieran á los ruedos *Paquiro*, *Chiclanero*, *Cayetano* y *Oúchares*, no gustarían ni convencerían á nadie; siendo los amantes de lo viejo ¡los que primeramente se desengañarían de las imperfecciones de aquéllos y de lo que de entonces á hoy ha progresado el arte de sortear reses bravas!

¿Hay quien lo dude? ¿Hay quien cree que el toreo no ha variado ó que está como el primer día? Pues ¡guárdese de llamar arte á lo que no es capaz de evolución!

El toreo ha evolucionado mucho, y sigue y seguirá evolucionando, y el torero de hoy sabe más que el de ayer y es más completo. Como hoy sabe cualquiera, sin ser médico, más medicina, mucha más, que sabía el buen Hipócrates; como hoy sabe un bachiller más matemáticas que Arquímedes...

Negar esto es cerrar los ojos á la realidad: hoy,

las fiestas de toros son distraídas, sin menester de otros estímulos; se lidian los toros dentro de un tiempo limitado y se les *despacha* brevemente, sean de la condición que sean, y al lidiador se le exige que se arrime y que se luzca hasta con los mansos; á los que antes se quitaba de delante de cualquier manera. Hoy no hay disculpas; no se consienten recursos antiguamente admitidos, y hay que entrar á matar siempre *por la cara*, aunque también es cierto que por algunos se abusa de ventajas y adornos efectistas que más dañan que benefician al clasicismo torero.

De todos modos, hay que reconocer que la lidia no es lo pesada y aburrida que antes era; como lo prueba el hecho de que los apasionamientos son mayores de día en día.

Donde no hay toreros con afición, no hay interés; y cuando éste crece, señal es de que los toreros tienen verdadero entusiasmo por la profesión y que dan á la fiesta el vigoroso impulso que tiene en la actualidad.

El aficionado viejo ama generalmente á los diestros de su época y recibe mal á los jóvenes que empiezan. No quiere arrinconar al viejo, y atribuye á versatilidad del público y al interés que siempre despierta lo nuevo, el afanoso entusiasmo con que se acoge al joven. No hay nada de eso.

El joven tiene más de la mitad de su camino andado merced á la enseñanza que el viejo le brinda, y como sepa adaptarse lo que encuentra hecho, y sepa escarmentar en cabeza ajena, marchará de prisa y seguro el paso; necesitará menos tiempo para llegar á la cumbre. Se le llamará genio, fenómeno, precoz artista, etc., (aunque ninguna de estas condiciones reuna), siempre que

posea aptitudes y un talento suficiente para asimilarse los conocimientos de los que le precedieron. Que á veces más alcanza que un genio una mediana disposición secundada por una férrea perseverancia.

Al gran Francisco Romero borraron *Costillares* y *Pepeillo*; á éstos Cándido y Guillén, que, á su vez quedaron oscurecidos por Juan León. Al notabilísimo Francisco Montes obligaron á marcharse *Chiclanero* y *Cúchares*, que después dejaron el puesto al *Tato* y al *Gordito*: inutilizado el *Tato*, queda el *Gordito*, que es arrojado de las Plazas y sustituido por *Lagartijo*, y *Lagartijo* tiene que irse de los toros llorando lo que creía inconstancias del público...

¿Era *Pepeillo* mejor que Romero? ¿Era el *Chiclanero* mejor que Montes? ¿Era *Guerrita* mejor que *Lagartijo*?

Probablemente, no; pero *Costillares* y *Pepeillo* eran jóvenes cuando Romero decaía. Cándido y Guillén aparecieron en las postrimerías de *Costillares* y *Pepeillo*: *Chiclanero* y *Cúchares* llegaron cuando ya Montes empezaba á vivir de recuerdos; como *Guerrita* enloquecía á los públicos cuando á *Lagartijo* se le acababa la cuerda...

Es decir que los nuevos, los jóvenes venían al arte con un caudal heredado y con muchos deseos de acrecentarlo. Y precisamente eso es lo que el público quiere; la buena voluntad, que se manifiesta en los que empiezan, en emulación y deseo de gloria; y no gusta de los viejos, porque sólo viven de lo que fueron...

La prueba está en que de Romero se dijo que era el mejor torero, al que nadie podía superar; pero viene tras él *Costillares*, y de él se dice que era á los veinte años, cuando apareció en el ruedo

sevillano, una verdadera y legítima gloria taurina; así como de *Pepeillo*, que reunía todas las grandezas de los que le precedieron; y de Montes, que «era el Napoleón de los toreros»...

Cualquiera diría, al leer esto, que los méritos y las condiciones de los lidiadores notables iban creciendo en progresión geométrica de generación en generación: no lo que en realidad sucedía, era que los viejos acababan perdiendo, con las energías que los años se llevan, sus arrestos y su confianza en sí mismos, y que, por lo tanto, nada ganaban en la comparación que los públicos (tal vez ingratos y olvidadizos), establecían entre ellos y los jóvenes que se lanzaban, sin temor al peligro, en pos de la gloria.

Lo viejo, vuelvo á decir, es pobre, imperfecto y pesado y aburrido. Amar lo viejo es perder el tiempo, y pedir que se implante lo viejo, la labor más estéril que puede intentarse. El mundo tiene sus épocas de nacimiento, desarrollo y muerte como tiene el hombre y como tiene cuanto es producto de su trabajo material y de su estudio.

Desear que lo viejo, lo inservible, lo primitivo, lo simple sustituya á lo de hoy, es retroceder, es hacer labor negativa: es igual que pretender que las ciencias y las artes tornen al estado en que se hallaban en la Edad Prehistórica...

Es soñar con que un chíquillo tenga la seriedad y el conocimiento de un filósofo maduro ó que un carcamal — que no separa los pies del brasero, ni de las manos el rosario — pretenda emular las conquistas del Don Juan sevillano...

Y el que quiera ver rutinarios, retrógrados y obscurantistas, que no los busque fuera de España: aquí abundan, desgraciadamente, y donde más en los aficionados á los toros.

Si Belmonte, por lo cerca que ejecuta las suertes y por el estilo con que las caracteriza, es para los viejos intransigentes un imitador ó continuador de Cayetano y Montes, no faltará quien diga que es, por la emoción que produce en el ánimo del espectador, heredero de *Martincho*, del *Africano*, de *Pepeillo*, de *Frascuelo* y del *Espartero*. Es decir que reúne lo mejor de los toreros artistas y lo que distinguió á los lidiadores de indomable corazón.

De *Guerrita* escribió uno de sus mejores panegiristas:

«Con *Guerrita* no hay drama; no hay, por lo tanto, emoción. ¿Por qué? Porque el público tiene descartada la posibilidad de una cogida. He ahí, ¡parece mentira!, el supremo defecto de Rafael.»

He aquí, digo yo, por qué *Guerrita* no comprende á Belmonte, y por qué, hasta ahora, le van fallando los juicios que, según unos y otros, emitió sobre Belmonte.

Ciertamente, *Guerrita* no emocionó.

¿De Belmonte se puede decir lo mismo?

Las grandes figuras del toreo, fueron grandes, indudablemente; pero en sus épocas. Hoy, arrancadas de pronto á la eternidad y vueltas á los redondeles, tales como eran en vida, veríamos cuánto se diferenciaban de lo que nosotros pensamos de ellos: Acaso observaríamos también que nuestro modo de mirar y de pensar sufrió hondas transformaciones; pero, como dice el filósofo de Vich, sería menester encerrarlos de nuevo en sus tumbas ¡para que no se desacreditasen y no perdiesen sus títulos á la inmortalidad!

LA FIGURA DE BELMONTE

Las cualidades físicas como medio estético. — No siempre corresponden al genio. — La figura de Belmonte no daña á su fama. — La pobreza de sus facultades agranda el mérito de cuanto ejecuta. — Belmonte es artista. — Belmonte es único.

*Belmonte es la más repug-
nante piltrafa humana...*

SAMBLANCAT.

Sabido es que las líneas generales del cuerpo, la estatura, la presencia, los movimientos, la voz, etc., etc., del artista que trabaja ante el público, influyen en el ánimo del espectador despertando sentimientos varios, que á veces originan una simpatía alentadora que halaga al artista y le economiza las asperezas del camino que emprende, y que, otras veces, determina una inevitable antipatía que le conduce al fracaso.

Es decir, que un artista público que no posea el don de parecer agradable, tiene que valer mucho como tal artista; tiene que ser un verdadero genio para imponerse, para hacer que sus méritos se comprendan y se justifiquen; y que, en cambio, un pobre diablo, un artista mediano,

pero capaz de despertar hacia él inclinaciones del público, lleva más de la mitad del camino andado y vence, aunque no convenza.

¡Cuántas veces la sola aparición de una persona en la cátedra ó en el foro, en el tablado ó en el ruedo nos sugestiona hasta tal punto que asegura el éxito de su trabajo, y llega á convencernos ó á impresionarnos á su favor, sin haber tenido tiempo de demostrar su ciencia, su talento, su destreza ó su gracia!

Siendo esto así, Belmonte, ese chiquillo que en cuatro días atrajo la atención del público de los toros, ¿podía escaparse á este análisis estético? ¿No tenía para unos las piernas como compás de tornero y para otros el pecho como el domine inmortalizado por Quevedo? ¿No se habló y se llegó á ridiculizar su ángulo facial, sus mandíbulas, su endeble constitución física, la longitud símica de los brazos, la desigualdad de sus hombros, la forma de su cráneo?

Si tantos eran y son los defectos fisiológicos de Belmonte, ¿qué duda cabe que su presencia tenía que ser antipática ó repulsiva?

Todo eso es cierto, innegable. La Naturaleza no le otorgó las cualidades físicas en su mayor perfección... La figura de Belmonte poco tiene que agradecer á los que así la engendraron; su renombre no está, efectivamente, en armonía con su pobre organización física, y aquel que, después de haber leído ó de haber oído sus hazañas, le contempla por primera vez, se cree burlado ó defraudado...

Pero, ¿influye su figura en desfavor del artista? ¡Aquí está el problema á resolver!

No lo creo; es más, creo que le ayuda, que le acompaña, más que si su corazón valiente se en-

cerrase en otro cuerpo y si su inteligencia se encerrase en otro cráneo.

¿Por qué?

Supongamos que debuta ante un público que no le conoce. Al verle, es indudable que el público recibe una impresión desfavorable y que hasta duda de la autenticidad del personaje. Su presencia inspira, pues, dudas, poca simpatía y acaso lástima (1).

El individuo que tales sentimientos infunde, nada bueno hace esperar, y ante la inminencia del peligro que va á correr, el público daría de buen grado el importe de la entrada porque se autorizara al *pobrecillo engañado* que volviese á la paz de su casa...

Cuando Belmonte va al toro, desearían que el toro no le atendiera, que no le embistiese, que le perdonase...

Pero el toro se le arranca, y si Belmonte le burla y le domina con los giros que á su capote imprime, el éxito, por lo inesperado, por lo increíble, es inmensamente mayor que el de otro torero que hiciera lo mismo, pero de quien ya el público esperase algo bueno.

Y aquí se impone una pregunta: ¿Belmonte hace lo mismo que hacen otros?

No y no; Belmonte practica las suertes parando como no para otro; Belmonte desengaña á los toros valiéndose únicamente de los brazos; Bel-

(1) No es nuevo el caso. De más de un espada de cartel sé que al presentarse en la localidad donde por primera vez iba á trabajar, se vió apuradísimo, por no llevar consigo la necesaria documentación, para hacer ver á las autoridades que no había suplantación en las personas. ¿Correspondería el aspecto físico del lidiador á su fama?

monte da á lo que ejecuta una emoción que los demás no aciertan á dar, y, por lo tanto, nadie duda entonces como dudó al principio; nadie le compara con otros, porque Belmonte es distinto á todos, es único; porque su estilo es diametralmente opuesto al que los demás emplean.

Lo que tampoco cabe negar es que esto que ocurre con Belmonte ante público para él nuevo, ocurre siempre y donde quiera que toree; unas veces porque, herido ó enfermo, el espectador no cree al artista en disposición de desarrollar sus habilidades, y otras veces porque la figura de Belmonte, agigantada por la Prensa, por la fotografía y la pintura, se le aparece más pobre y más pequeña cuando de nuevo se presenta á sus ojos.

¿No es mayor la victoria cuanto menor es el que la obtiene y más grande el enemigo? ¿Quién duda que un pobre niño sería inmenso como torero si lograse aunar el valor y el arte indispensables para vencer á un toro bravo?

Si las condiciones físicas de Belmonte no parecen las más idóneas del artista torero; si débil y pequeño, no nos parece Belmonte el más indicado para dedicarse á la profesión arriesgada de la lidia, también tendremos que reconocer que su mérito es indiscutible, único, desde el momento en que logra burlar al toro; y más indiscutible aún si, como ya hemos dicho, pára como ningún otro pára, y produce en el público la emoción que ningún otro de los conocidos acertó á dar.

Pero, ¿Belmonte es artista?

Indudablemente; artista es el que herido en su sensibilidad, bien sea por la naturaleza ó bien por otra obra, no se detiene á distinguir la inspiración de la copia, ni de la adaptación siquiera. El verdadero artista, aunque copie de otros, da siempre

á su creación un sello particular, personalísimo; una visión propia del arte á través de su temperamento. El artista no sabe dónde camina en su carrera inconsciente.

El arte parece que es despreciado por Belmonte; pero el arte no le abandona. Belmonte es elemental, como los diestros primitivos, y es lógico, porque ejecuta lo que otros no quisieron ó no supieron, valiéndose de los mismos materiales; porque camina con desenvoltura, burlándose de lo prescripto ó de lo establecido por los gustos de la época.

Belmonte es artista porque es innovador, y el continuo ejercicio se encargará de modelarle, de completarle, de definirle como uno de los que llevaron al arte á su mayor esplendor.

Y el buen aficionado, el hombre imparcial, el que no echa mano de los socorridos recursos á que se presta la antropología, ¡maldito el caso que hará de que Belmonte sea contrahecho y patizambo; de que tenga la frente así ó asá, ó de que tenga las mandíbulas prominentes ó salientes!

Lo que le interesa es que á Belmonte, como dice el maestro *Sobaquillo*, le vea «crecerse, eruirse, elegantizarse, embellecerse y hasta *transfigurarse*, como todos lo hemos visto, al haberse las, muy de cerca y muy sereno, con un poderoso animal que va acompañado por *la muerte*, á un centímetro de distancia del que la arrostra y la burla con un poco de tela por toda arma». Eso es lo que le parece al aficionado «un prodigio, un milagro, que al propio Píndaro, cantor de los atletas griegos, le hubiera dejado absorto y le hubiera hecho creer en una intervención directa de los dioses á favor de aquella «repugnante piltrafa humana» que los implacables espartanos hubie-

ran despeñado por el Taygeto, para escarmiento de jorobados, tartamudos, patizambos, prognatos, con el belfo colgante, la frente aplastada y enfermos de la médula y el pulmón.»

Que «no todos los toreros son, ni pueden ser, esbeltos y arrogantes mozos, con finas y correctas facciones; antes bien los hay tan feos como el clásico Picio; cosa que ocurre en todas las esferas de la vida social, y no es en las más encumbradas y en las más *intelectuales* donde se ven menos carátulas de degenerados.»

¡Ni una palabra más!

LA GRACIA EN EL TORERO

Gracia y dignidad. — ¡Todos aficionados! — El trato social en el torero. — A lo que conducen manifestaciones extrañas á la profesión.

«El torero debe poseer cierta gracia: eso que los andaluces llaman ángel; pues á un torero antipático se le dispensa muy poco, y con un público siempre hostil, poco puede resistir el artista, aun siendo tan completo y tan notable como fué Guerrita.»

(De *Palmas y Pitos*).

La pluma no menos valiente que discreta de *Don Pepe* lanzó esta afirmación en el indicado hebdomadario taurino.

Mas esa, como otras muchas verdades, no tuvo la debida aceptación por parte de algunos que se dicen aficionados inteligentes; pero de cuya afición y de cuya inteligencia algo y no precisamente grato, podríamos decir...

Sin perjuicio de extendernos sobre el tema expuesto en el título cuando llegue otra ocasión, diremos aquí cuatro palabras: no como alarde de erudición, sino como advertencia á nuestros sis-

temáticos detractores de que también nosotros, formalmente entusiastas de la fiesta sin par de los toros, sabemos distinguir y cotejar...

Véase lo que dice Marco Tulio Cicerón en su obra *Los Oficios*, lib. I, en quien *Don Pepe* parece haberse inspirado para escribir aquellas líneas:

«Pues como hay dos especies de hermosura, en una de las cuales sobresale la gracia y en otra la dignidad, debemos considerar la primera como propia de la mujer, y la segunda, del hombre. Y así, hemos de apartar de nosotros todo adorno indigno del hombre y evitar el mismo defecto en el gesto y movimientos del cuerpo; pues aun en la palestra hay á veces movimientos que enfadan, y ofenden en los farsantes los gestos importunos y afectados, y en unos y otros se aplaude lo sencillo y natural.»

¿Está claro? ¿Qué les parece á los destemplados ó biliosos aficionados á quienes tan mal sentó la afirmación del amigo? ¡Ah, ya! ¡Lo comprendo todo! ¡Como no habían leído aquello en la Tauromaquia de Montes, ni tenían noticia de que lo dijera *Cúchares!*...

Porque (y ¡no se rían ustedes!) ¿puede tener más valor para los aficionados lo que dijo Cicerón que lo que pudo decir *er zeño Curro?* ¿Saben, acaso, quién era Cicerón? ¡Lo que saben es que en Madrid ni le han dado ni le han confirmado la alternativa!...

Y los que sepan quién era, es muy posible que se arranquen diciendo:

— ¿Y qué importancia puede tener para nosotros lo que afirmó ese sacamuelas romano que vivió hace más de veinte siglos?...

¡No nos quejemos! ¡La culpa es nuestra! Si no concediésemos título de aficionado á tanto y tanto

desgraciado que no sabe por dónde se anda, ni dónde pisa; si no reconociéramos como tales á tantos como se lanzan á escribir para el público sin saber escribir á la familia, no correríamos, ciertamente, el ridículo que á unos y á otros nos alcanza. Que en esta bendita tierra; en este delicioso país que todo lo fia á la protección de María Santísima y nada al propio esfuerzo, todos entendemos y todos discutimos de toros: desde el modesto y resignado horterilla, hasta el mugriento mancebo de botica; desde Eugenio Noel, hasta este pobre vizcaíno que no cree, como otros, que el hablar el idioma de Yparraguirre y de Lecumberri puede ser un obstáculo para mostrar predilección por la bizarra fiesta española.

El torero, como artista público, debe procurar que nada ofenda al espectador en el gesto, en los movimientos, en el vestir, etc.; así como debe guardarse de caer en ridículo; pues nunca, aun valiendo mucho, sería tomado en serio, ni obtendría la indispensable atención.

Quien se mueva con cadenciosos movimientos, que mejor encajan en una hembra arrogante que en un hombre dispuesto á luchar con el toro; el que en su indumentaria ó en los adornos no imita á la generalidad ó gusta de rarezas (1); el

(1) Angel Pastor, que fué hombre de gustos artísticos, un buen aficionado á música, que tocaba el piano con gusto y con estilo; que leía, que hablaba francés y chapurreaba italiano; que había viajado bastante, llevaba á su ropa de torear esos mismos gustos delicados. No ha habido torero que se haya vestido de luces con tanta elegancia ni gusto tan fino. En París llamaron la atención sus trajes de torear. Trajes severos, de color brioso, por lo regular de tonalidades oscuras, combinados los cabos y el capote de paseo en forma de que no hiriera la vista una línea roja de una faja cortando

que no corresponde al público con el saludo, la sonrisa, con movimientos dignos y elegantes; el que tiene para quien le otorga sus favores groserías, insultos ó amenazas; el que se imagina que favorece al pueblo ante el que trabaja, ó que el pueblo debe pagar por verle, y que debe aplaudirle, hiciera lo que hiciese; ese, por mucho que valga en la profesión, acabará, tarde ó temprano, por provocar las iras ó las antipatías de todos, y se verá obligado á buscar el retiro; que si es triste cuando es voluntario, más triste es cuando el público lo impone.

Lo mismo ha sucedido y sucederá siempre al que debiéndose á todos, de cuyo favor vive, se aventura á hacer manifestaciones de carácter político ó de cualquier otro orden, faltando á la corrección que exige el trato social; pues si le acarrean amistades, le procurarán también desvíos y odios.

Un diestro tuvo que salir de la plaza custodiado por la fuerza, porque habiéndose declarado liberal ó *negro*, el público creyó que el color del traje que vestía, negro, era un alarde de sus ideas y una provocación á los realistas...

un verde esmeralda de una taleguilla, ó un capote cobalto sobre un traje tabaco. Nunca tuvo el mal gusto de usar los colores ténues, desleídos, afeminados, con los que parecen los toreros actuales tiplecitas que van á cantar *Caramelo* ó *Los niños de Tetuán*; usaba mucho las combinaciones con plata, para mi gusto más elegantes y señoriles que las de oro, y recuerdo un traje de color bronceado en plata acairelado, con cabos blancos, que estrenó en Madrid en la tarde infausta del Corpus de 1887, que no se puso más en la Corte, y que era una preciosidad.

(Del libro *Angel Pastor*, de «El Bachiller González de Rivera»).

Otro, famosísimo como el anterior, y que dijo ser monárquico, fué desde entonces muy mal recibido en todas partes por los que no lo eran...

Y otro, más moderno, habiendo brindado en una fiesta ó banquete por el pronto advenimiento de la República, también lo pasó mal: pero, bien aconsejado, aprovechó la primera ocasión que se le presentó para saludar al Monarca, doblando ante él las dos rodillas. Y ¡aun así!...

Cuando debutó en Madrid un novillero vizcaíno, tuvo la fortuna de ser muy bien recibido desde que hizo el paseo, y en todo cuanto intentó ó ejecutó fué aplaudidísimo. Pero no aprovechó esa fortuna; no se molestó en dar gracias, no hizo caso de nadie... ¡y allí acabó su historia!

De otro, escribí estas líneas en la importante tribuna de *Heraldo Taurino*:

«Mal está que quien llegó á ocupar un primer puesto; quien con propio esfuerzo se impuso; quien vale, en una palabra, sienta sus ribetes de soberbia y tenga humos; mal está, pero es disculpable; que también los grandes tienen sus extravíos y sus cosas de pigmeo. Pero nadie puede tolerar, ni ver con buenos ojos, sino con lástima (como se mira á un infeliz), que un átomo de torero que no tiene en su beneficio más que las hazañas de sus hermanos, se ilusione con la torpe, inadmisibles pretensión de que son suyos los laureles de los otros. La experiencia ha demostrado y la lógica aconseja que quien trabaja ante el público necesita presentarse humilde, modesto, sin pretensiones, sin altiveces ni coqueterías; una nada, un detalle, lo que más insignificante parece, puede ser causa de resultados lamentables. Colocarse á cada instante en graciosas posturas, como quien va á ser fotografiado; contonearse al

andar y mirar dónde se pisa; trocar el recio paso varonil por el menudito y rítmico de la modistilla que siempre va deprisa y siempre llega tarde; mirar al público con desdeñoso gesto, como tildándole de ignorante; sacudir la cabeza, como el estúpido pavo real, cuando las proezas no las toma por tales el espectador, es facilitarse la caída. Y es seguro que ese niño que tiene tanta presunción, no obtendrá la gloria ni el provecho que lograron los de la familia »

El lector, que habrá comprendido la alusión, debe tener presente que estas líneas se escribieron hace ocho años, y que, desgraciadamente para el diestro, acertamos en todo.

De otros muchos contemporáneos, que no se distinguen por su bondad y su modestia, ó por otras cualidades que les haría simpáticos, algo podríamos decir; pero la prudencia nos obliga á callar. ¡Allá ellos!

De Belmonte no sabemos que se haya puesto frente á los públicos, ni que trate mal á sus compañeros y subordinados, ni que haya hecho manifestaciones políticas: sólo sabemos que indicó sus preferencias literarias y sus aficiones ó sus gustos por alguna otra bella arte: cosas estas que por lo poco comunes en los de su profesión, por lo mismo que extrañan, se leen con agrado.

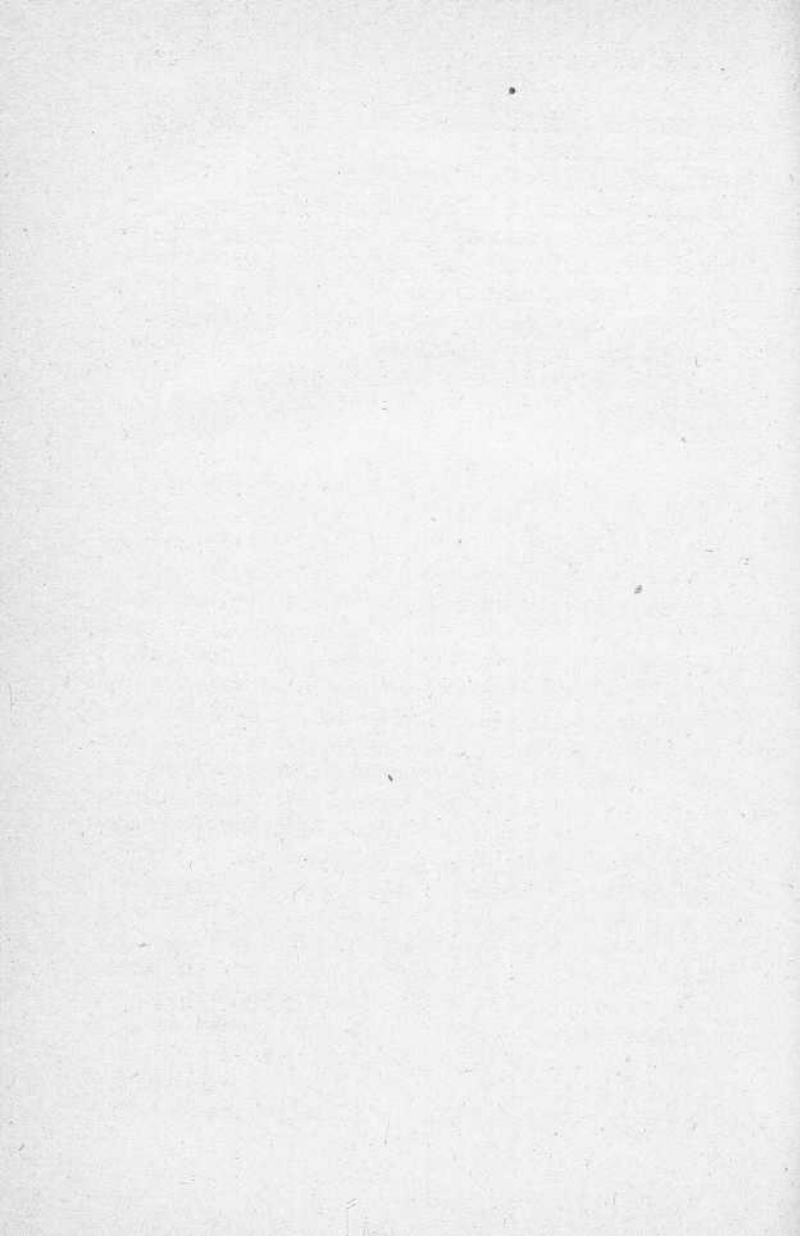
Su toreo no es el de la bailarina, que á saltos y brincos, con movimientos impropios del hombre, está hoy muy extendido; es serio, está desarrollado con excesiva valentía y en terreno que, si parece comprometido, no lo es en realidad; porque, cerca del enemigo toro, el peligro disminuye y los percances tienen siempre menos trascendencia.

¿Que su toreo da la sensación de la tragedia?

Mejor para el artista que acierta á darla; sin esa sensación, la fiesta carecería de su principal atractivo.

Ya hemos dicho en el capítulo anterior, que la figura de Belmonte no es muy gallarda, aunque tampoco es repulsiva. Que podrá inspirar lástima ó pena, pero no antipatía.

Y los que con él comparten los azares de la profesión, nunca, que sepamos, hablaron mal de él. ¿De cuántos puede decirse lo mismo?...



EL SECRETO DE BELMONTE

Desigualdades del toreo de Belmonte. — Indignaciones y entusiasmos. — Al hombre no satisface la victoria. — El torero victorioso nos cansa. — Por qué se retiró Guerrita. — El torero debe ser discutido.

Hemos dicho que Belmonte es á ratos, cuando las circunstancias le favorecen, un sublime artista al que Fortuna concedió poder divino que no se dignó otorgar á otros. Y que algunas veces, cuando las cosas no se ajustan á la medida de sus deseos, es un torero vulgarísimo.

Pues, bien; en esas alternativas, en esos aspectos tan diametralmente opuestos en que se nos presenta Belmonte, está el secreto de sus éxitos resonantes; el secreto de su nombradía.

Otro artista, que, como Belmonte, también nos arrebatara en ocasiones y en ocasiones le maldecimos por sus incomprensibles desigualdades, es Rafael Gómez, *Gallo*, quien á imitación de las mareas vivas, desciende desde los niveles máximos hasta la bajamar que más se retrae de la costa.

Sin embargo, Rafael es más completo que Belmonte; tiene más repertorio y más años de prác-

tica en su favor: puede, en un momento dado, encontrar motivo de lucimiento que borre ó disculpe en parte, desaciertos anteriores; pero Belmonte, no.

Es decir, que el flujo y reflujo del *Gallo* no son tan grandes como las diferencias que en el toreo de Belmonte se observan. Pero...

Queda apuntado que en esos altos y bajos del toreo de Belmonte, que tan pronto provocan locos entusiasmos como rabiosas indignaciones, se basa el por qué de su fama. Veamos.

Creer que al hombre le basta; que el hombre se satisface sólo con la victoria, es un error.

Lo que al hombre inquieta, lo que el hombre necesita, como sér animado y racional, es la lucha: que lucha y no otra cosa es la vida. Y si alcanzada la victoria cesara la lucha, el fastidio acabaría con la existencia del hombre.

Cuando la actividad se disipa, la flojedad nos invade arrastrándonos á término funesto. ¿Qué nos puede librar de caer á mitad de la vía, sino una voluntad firme, poderosa? Sin ella es indudable que tropezaríamos en los escrúpulos y que nos detendríamos en la marcha.

Agrada ver el combate, pero no al vencedor encarnizado sobre el vencido. Queremos ver la victoria; pero una vez conocida, desearíamos que el combate continuase...

Esto sucede, como en el combate, en el juego, en el choque de las opiniones cuando se disputa por hallar la verdad y en todo lo que sea manifestación de vida.

«Cuando algunas veces — dice Pascal — me he dado á considerar las diversas agitaciones de los hombres y los peligros y fatigas á que se ofrecen en la Corte, en la guerra, de donde nacen tantas

querellas, tantas pasiones, tantas empresas osadas y á menudo funestas, he descubierto que toda desventura nace de una sola cosa; de no saber permanecer tranquilamente en casa.»

Para obtener la gloria, el hombre hace mil locuras: ese deseo tuerce á muchos el juicio, y á muchos, muy seguros de cabeza, arrastra á la insensatez. Pero, así es la vida: buscamos el reposo, combatiendo; y cuando vencemos los obstáculos, el reposo nos resulta insoportable. Por la gloria sacrificamos nuestra tranquilidad, nuestros bienes, nuestra salud; por la gloria abandonamos esos bienes, que son efectivos, para marchar en pos de una vaga, engañadora imágen, que es voz sin cuerpo ni figura; un eco, un sueño, ó más bien, la sombra de un sueño que al momento se desvanece.

¡Ah, si nuestra condición no fuese tan flaca, tan miserable! ¡Pensando en ella caeríamos, inevitablemente en la muerte!

Es, pues, la lucha y no la victoria lo que nos agrada: ésta nos cansa, nos aburre, porque es reposo, y deseamos aquella porque es vida.

El artista torero que, merced á sus condiciones psicológicas y físicas, se burla de los obstáculos, como si para él no existieran; el que sale siempre victorioso en el combate, nos cansa y nos aburre forzosamente; porque el final tenemos previsto, descontado: como nos aburre una comedia cuyo desenlace se adivina desde las primeras escenas.

La lucha que no inspira temores; la lucha sin esperanzas, no es lucha: carece de su principal atractivo.

Guerrita, el constante vencedor, el torero privilegiado, no emocionaba. Sabíamos que podía más que el enemigo toro, fuese de las condiciones que

fuese; sabíamos que cuanto intentaba lo hacía con mayor ó menor perfección, pero siempre con absoluta seguridad, con la tranquilidad del que posee el secreto, la ciencia ó la habilidad necesaria para salir airoso en la empresa.

Y ¡*Guerrita* tuvo que retirarse en pleno apogeo! ¿Por qué? Aquél que electrizaba á los públicos con arrogancias y guapezas por nadie igualadas, era, según dice *Don Modesto* (1):

«... quien hacía todo sin trabajo ninguno: porque para él no existían peligros ni dificultades. Dotado de maravillosas facultades y de un conocimiento de las reses rayano en lo inconcebible, convertía á los toros en animales inofensivos, y hacía con esto desaparecer la emoción de la posible tragedia.

Fráscuelo se jugaba la vida en cada envite: *Guerrita*, por virtud de sus asombrosas aptitudes, no se jugaba nada.

Pongamos bolas en los pavorosos pitones de los cornúpetos y sufrirá la fiesta nacional un golpe de muerte.»

«... Bueno; pues para *Guerrita* todos los toros estaban embolados. Es decir, lo estaban para el público, porque no experimentaba el escalofrío del terror, viéndole frente á un toro.»

«De aquí partió, á mi juicio, la inquina del público contra el Guerra.

Todas esas leyendas de que su carácter retraído y hosco, le restaban amigos y admiradores; de que su escasa afición á prodigar el dinero le había creado una reputación de *avaro*, cuyos efectos se traducían en manifestaciones de desagrado y disgusto; el no tener enfrente un diestro que

(1) *Desde la barrera*, pág. 10 y siguientes.

pudiera competir con él, todo, todo absolutamente, fueron razones de infantil fundamento, aducidas por los que deseaban ahondar en las causas que motivaban la actitud del público para con el lidiador más completo que ha existido.

Y fué, créanme ustedes á mí, lo que yo digo. *Guerrita* era un hombre que se enriquecía explotando aptitudes naturales, y se enriquecía en una profesión que á muchos había proporcionado heridas crueles y á otros la muerte. *Guerrita* se estaba haciendo de oro *de rositas* como dicen los oriundos de la Travesía de la Comadre.

Para *Guerrita* los toros eran animales domesticados que obedecen á la voz del domador...»

Todo es cierto, ciertísimo. Tiene mucha razón el popular revistero de *El Liberal*. Pero, hay algo más que decir (1).

Para nadie es secreto que el que llega muy alto está en constante peligro, y que despierta envidias y odios.

Guerrita, antes de dejarse derribar por sus adversarios, antes de dejarse aplastar, abandonó voluntariamente su puesto, obedeciendo, al parecer, los sabios consejos de Quevedo en aquellos tercetos que dicen :

El que puede caer, si él se derriba,
ya que no se conserva, se previene
contra el semblante de la suerte esquiva.

Y, pues, nadie que llega se detiene,
tema más quien se mire más arriba;
y el que subió por quien rodando viene.

(1) *Don Modesto*, que así habla del Guerra, incurre luego en contradicción presentándole como torero de emoción. Véase las páginas 17, 25, 47, 48, 56, etc., de la indicada obra.

El que iba á ver torear á Rafael Guerra, nunca salía satisfecho de su trabajo, aunque hubiese presenciado sus más clamorosos éxitos. Y muchas veces, sin razón, sin motivo justificado, le martirizó con cargos y exigencias infundados.

¿Por qué esa tirantez del público con el artista magnífico? Sencillamente, porque dada la nombradía del torero, el público no iba á ver lo que ya le había visto ejecutar miles de veces y con fortuna: quería algo más, algo nuevo, algo que, por lo inesperado y grandioso, resolviese *Guerrita* con el maravilloso conocimiento que tenía del toro y con su inconcebible dominio sobre él.

— ¡Eso ya lo hemos visto!...

— ¡Eso ya sabemos que lo haces bien!... — parecía decir el público exigente ó descontentadizo.

Y como aquel algo extraordinario, inverosímil ó fenomenal no dependía de la voluntad del torero, ni del espectador, sino de las circunstancias, y como tampoco fracasaba, acabó por hacerse, mejor dicho, por parecer igual, monótono, insupportable...

Por eso el público no le toleraba; por eso tuvo que irse y se fué de los ruedos. El público comprendía la grandeza del excepcional artista, y le admiraba; pero no le quería. Sólo hubiera transigido con él si en todas y en cada una de las ocasiones le hubiese sorprendido con nuevos alardes. Entonces el público, ya que no con el torero de emoción, hubiese ido á gozar con el diestro genial que en todos los instantes maravillaba, presentándose en diversas y desconocidas facetas.

En una palabra; *Guerrita* no fué discutido. Y el que no es discutido, ó vale mucho (en cuyo caso todos reconocen sus méritos), ó no vale y pasa desapercibido.

¿Es discutido Belmonte? Más que lo fué ninguno; pues mientras unos le niegan todo, hay quienes le conceden méritos jamás concedidos. Unos y otros, aunque exageren, tienen motivos para fundamentar sus asertos: los que nada le conceden, son los que le vieron aperreado en muchas ocasiones; los que, aun cuando está afortunado, recuerdan lo mal que otras veces quedó; los que en los aciertos, todo atribuyen á la casualidad; y los que le colocan por encima de todos, son los que olvidando ó disculpando los yerros en la poca experiencia del diestro, en la pobreza de sus facultades físicas ó en la mala condición del ganado, no ven en Belmonte más que al que quieran ver; al torero confiado que *ve llegar* los toros como muy pocos y al que los *consiente* como ningún otro.

Niegue la pasión; niegue la envidia á Belmonte la suficiencia para ocupar el puesto que ocupa. Lo que no se puede negar es que, sin verdadero mérito, nadie llega á colocarse á gran altura: el que logra sobresalir y se mantiene firme, vale, indudablemente.

Y más vale y más aceptación tiene el que es objeto de apasionadas discusiones, y sabe detener la rodaja de la Fortuna.

Que si la cumbre desvanece el tino,
también tal vez la cumbre se desgaja.

¡Cuántos, siendo muy aceptables artistas, darían la mitad de su vida ó de su fortuna porque el público, dueño y señor, fijara en ellos su atención y se dividiera en bandos, uno de los cuales les negara todo y el otro les juzgara sagrados é inviolables!...

¿REGENERACIÓN?...

Necesidad de moralizar el espectáculo. — El «Trust de la veracidad Taurina». — Críticos y eruditos. —Cuál es la misión de la crítica.

La regeneración de la fiesta de toros es tan necesaria como deseada por los buenos aficionados. La fiesta necesita, como dice el maestro *Hache*, de modificaciones que son de absoluta precisión, para evitar que las Plazas de toros sean puntos aislados en medio del progreso (1).

¿Podrá morir nuestro espectáculo? Sí; cuando le hiera de muerte su propio descrédito, sin que le salven artistas privilegiados que lo enaltezcan con primores de ejecución ó con inspiraciones geniales.

Y ¿hay medio de evitar ese descrédito? ¡Indudablemente! Reglamentando el espectáculo.

Crean algunos que la regeneración debe empezar en el toro, el elemento principal de la fiesta; y hay quienes opinan que debe iniciarse en los lidiadores: aquéllos piden la desaparición de muchas vacadas cuya existencia está de más, y éstos

(1) *Doctrinal Taurómico*, págs. 3 y 4.

que no debe tolerarse al lidiador lo que se le tolera.

Algo hay de cierto en ambas opiniones; pero no basta. De sobra sabemos que tanto los ganaderos como los toreros miran más por sus propios intereses que por los del público aficionado.

A los ojos de las autoridades, de las empresas y ganaderos; de muchos diestros, aficionados y escritores, hay que poner el catálogo de derechos y deberes que tanto unos como otros se echaron á las espaldas.

Hay que moralizar el espectáculo, y todo cuanto tienda á ese objeto nos debe parecer muy bien (1): porque nuestra fiesta carece de la protección y del cuidado de las autoridades y está á merced de unos desaprensivos mercantilistas.

Pero ¿no les parece á ustedes que la regeneración debe partir de nosotros mismos?

Si no dedicáramos tanto inmerecido elogio; si

(1) No hace mucho que estuvo á punto de crearse en Madrid una sociedad que tendía á ese fin. Las bases en que se inspiraba su Reglamento; la seriedad y competencia de su presidente, el señor Fernández de Heredia, y la autoridad técnica de los que habían de constituir el comité censor, todo hacía presagiar una vida próspera á la asociación que venía dispuesta á deshacer muchos errores y á combatir los patógenos elementos que carcomían el cuerpo enfermo de la afición.

¡Desgraciadamente, fracasó el noble propósito de velar por el esplendor y pureza de la fiesta, que tuvieron los fundadores de la sociedad!

Hace poco se ha creado por los abonados de la Plaza de Madrid otra sociedad, defensora de sus derechos. Y aunque reconozco la valía de sus componentes y de su Junta, también reconozco que si el Trust, con *Hache* al frente no tuvo vida, esta asociación, *sin Hache*, es un alfabeto incompleto. Y conste que desearía equivocarme.

no participáramos de la obsesión de las gentes, siempre revueltas y alborotadas; si los que pasan por críticos, como doctas eminencias en la materia, hicieran el perseverante estudio que se requiere y hubieran sabido asimilar convenientemente el caudal de conocimientos que adquirieron de un modo desordenado, sin método, sin elección, ¿qué duda cabe que el espectáculo gozaría de vida lozana y los que directa ó indirectamente en él intervienen, de las consideraciones debidas?

Mientras unos, muy pocos, estudian, analizan, descubren, como verdaderos críticos; otros, cuyo entendimiento está obstruído por las ideas adquiridas, se incapacitan para crear. En aquellos, el espíritu trabaja sujeto exclusivamente al objeto de estudio, y á éstos, la pereza del espíritu les hace ser rutinarios, y se conforman con poseer unacuma más ó menos respetable de conocimientos, de historietas y efemérides. Es decir, que en estos últimos hay erudición y predomina la memoria, y en los otros (que aborrecen la erudición porque no quieren ser depósitos de ajenas ideas), prepondera el talento con su fuerza creadora.

Los aficionados simplemente eruditos han hecho y hacen mucho daño á la fiesta; casi tanto como los revisteros nacidos por generación espontánea que, con sus campañas, con las inmotivadas patentes que á diario conceden hoy á los de esta acera y mañana á los de enfrente, y con desconocimiento pleno del asunto que quieren criticar, encauzan á la afición por derroteros que sólo conducen al caos. ¡Cuán distinta es la misión de la crítica ejercida desde la tribuna de los hebdomadarios profesionales y desde las cátedras de los diarios importantes!

Una de las cosas en la que más cuidado debemos poner es el lenguaje. Porque si alguno es soez, tabernario, inculto, es el que se emplea en la mayor parte de las publicaciones taurinas... y de las otras.

La pornografía, que anda á sus anchas en los escritos taurinos; el poco respeto que todo nos merece y las groserías que de día en día vemos multiplicadas, hacen que todos nos crean en un estado de relajamiento moral que inspira lástima.

Cuando la forma no es la conveniente; cuando al escribir nos olvidamos de que lo hacemos para el público, sin poder asegurar á qué manos podrán ir á parar nuestras líneas, la honestidad del pensamiento no podrá existir, y la misma grandeza de las protestas y la misma dignidad de las campañas nos aniquilarán; porque es imposible hablando mal pensar bien; como no es posible cubrir con harapos la desnudez.

Si el lenguaje es reflejo del estado de cultura, civilización, temperamento, etc., ¿qué dirán de nosotros que tales papeluchos mantenemos? ¿Por qué razón, una fiesta que debiera estar reglamentada; una afición que debiera ser respetada, y una Prensa que debiera ser culta y valiente, sólo merece afrenta de los sensatos, alarmantes fallos de los interesados y desprecio de los indiferentes?

¿Por qué tal degradación? ¿Quién inspiró ese nefando empeño de llevarnos á la ignorancia y á la miseria, á la vergonzosa incapacidad del hombre salvaje?

¿Es que nada valen la grandeza de la fiesta, los altos fines para que fué creada la Prensa y el honor del aficionado?

Al hablar de regeneraciones no olvidemos que

esta campaña moralizadora es una de las primeras que debemos acometer: que es de importancia y es de urgencia.

De más importancia y urgencia que la cuestión de las orejas y los rabos, de la música y de las salidas en hombros.

¿SE TOREA HOY MEJOR

QUE ANTIGUAMENTE? (1)

Establecimiento de las cuadrillas. — El progreso en bien de la sociedad. — Imperfecciones de la fiesta. — Deficiencias que se observan en la suerte de vara. — Lo que se ha progresado en el segundo tercio. — Cómo debe ser el torero moderno. — Pruebas de la existencia del arte de lidiar toros. — Necesidad del conocimiento previo de las leyes á que se ajusta. — El público de los toros. — El último tercio. — El empleo de la muleta no llenaba el objeto apetecido. — Hoy predomina el arte. -- Maneras de estoquear. — Diferencias que caracterizan las suertes de recibir y del volapié. — Disposiciones del Papado sobre la celebración de las fiestas de toros.

Al redactar la pregunta que motiva este trabajo, hubiera convenido, señores del Jurado, determinar claramente cuáles son las dos épocas á que se hace referencia, ó por lo menos, la línea divisoria entre ellas: saber dónde termina la una para saber dónde comienza la otra. Y, si más

(1) Trabajo presentado por el autor al concurso literario-
taurino que organizó *El Toreo*, de Córdoba, el año 1903, y
que obtuvo — no digo que mereció — el primer premio.

principalmente que al tiempo se atendiese á las distintas maneras de realizar las suertes y á las bien clasificadas escuelas, la comparación ó el estudio comparativo que de las dos épocas pudiera hacerse, se fundaría en más sólidas bases, siendo muy fácil señalar la línea que buscamos.

Pero la pregunta está así hecha, y para atenernos á las bases del concurso, no nos queda otro medio que fijar nuestro estudio en algún hecho culminante, en algo relacionado con la fiesta y que pudiera servirnos de punto de orientación. Y nada nos parece más acertado, para la división de las épocas que implícitamente se hace en la pregunta, que la formación y el establecimiento de las cuadrillas. Este hecho demuestra cómo de lo que un tiempo fué *afición*, se hizo desde entonces *profesión*; sin que ello niegue la anterior existencia de lidiadores *de oficio*, que acudían á las fiestas como para garantizar, en cierto modo, el espectáculo. Sabemos que existían en tiempos del rey Carlos II de Navarra, allá por los confines del siglo xiv, remontándose hasta entonces (por lo menos), la antigüedad de la fiesta.

El establecimiento de las cuadrillas dividirá, pues, en nuestro trabajo la época del toreo *antiguo* de la del toreo de *hoy* ó moderno.

Y como están perfectamente definidas cada una de las partes de que consta la lidia del toro, nada más natural que atenernos á esta triple clasificación, cuyo orden será el natural para llevar á cabo nuestro estudio.

Conste, ante todo, que aquí para nada tratamos de ninguno de esos toreros exóticos, que no son más que adulteraciones del nuestro, del verdadero, del original; hablaremos únicamente del toreo español.

DEL PRIMER TERCIO DE LA LIDIA

Dada nuestra humana imperfección, es lógico que todas nuestras obras adolezcan de ese defecto; de tal modo que, conceder á lo humano lo que es inherente á lo perfecto, á lo divino, sería esforzarse en probar que cuanto es hijo de nuestro estudio ó de nuestro trabajo, tenía los honores de lo bueno y lo bello en su grado máximo, absoluto, llegando en nuestra pueril soberbia á querer pisar los talones á lo que está por encima de nuestra limitada esfera.

No quiere decir esto que la ley del progreso no deba presidir los actos del hombre, y que el afán de hacer todo de la mejor manera posible, no nos lleve á perfeccionarnos en los trabajos y á hacernos más hábiles y más prácticos en los mismos; de tal modo que, aun comprendiendo nuestro pequeño esfuerzo, nuestra escasa capacidad, no debemos desmayarnos; debiendo ver sobre todo, el bien de la sociedad (á cuyo perfeccionamiento estamos obligados), y el cumplimiento de la ley del trabajo que el Hacedor nos impuso.

Soy el primero en reconocer que las corridas de toros constituyen en la actualidad un espectáculo *imperfecto*; y más aún: que tal como se verifica, es en extremo repugnante y por lo tanto *criticable*.

El primero de los tercios es el que más, por la imperdonable deficiencia de los toreros de á caballo, por la mala condición de las cabalgaduras y por la peor de los empresarios y de las autoridades (gobernadores, presidentes, maestros-veterinarios, etc., etc.) encargados de velar por el

exacto cumplimiento de los Reglamentos de las Plazas.

La mitad ó más de los picadores son pésimos jinetes; los animales sobre los que cabalgan la mayoría de las veces, apenas pueden tenerse en pie.

Si los medios no son, pues, los convenientes para el preciso resultado de detener al toro con las varas. en la forma que el arte ordena, cúpese á aquellos que no ajustan sus actos á la más estricta legalidad; pero no al arte, que él enseña cómo hay que sujetar á la res en su acometida, y, sacando ileso el caballo, cómo se la hace pasar por delante ó por debajo de la cabalgadura (según los casos), al lado izquierdo del picador.

Antiguamente, dicen que los picadores cumplían su deber á maravilla; que había quien picaba una corrida de ocho y de doce toros con sólo un caballo, y quien en vez de *mona* llevaba calzón corto y medias de seda...

Hoy conocemos la manera de practicar las distintas suertes de vara con más detalle, con más secretos que entonces (1); hoy se trata de reglamentar la lidia y principalmente esta su primera parte, quitándola cuanto pudiera tener de repugnante ó antiestética, y se ha llegado hasta donde cabe en el exámen de las puyas.

Pero, mientras subsistan aquellas imperdonables deficiencias de que hablábamos, ¿cabe realizar el más importante de los tercios si el jinete no sabe cabalgar, ni es torero; si el caballo no puede sostenerse de puro viejo, enfermo ó inutilizado, ó

(1) Remito al lector á la excelente obra del maestro *Hache*, que trata el asunto con toda la extensión y con todo el conocimiento técnico que pudiera exigirse.

si no reúne otras circunstancias precisas? ¿No dice esto mismo que otra sería la suerte de la suerte de varas si reuniésemos los indispensables elementos?

A las Plazas se llevan caballos matalotes, inútiles para la industria; y hacen bien los detractores de nuestra hermosa fiesta en censurarnos, porque sacrificamos animales indefensos, flacos, viejos, inservibles para otros usos!

¿No exigen los toreros de á pie que los toritos sean de tales ó cuales vacadas; que se jueguen en este ó en el otro orden; que sean chicos, sin gran desarrollo de armas y otras mil y mil ventajas con las que apartan de sí el peligro ó lo amenajan, por lo menos? Pues, ¿por qué los de á caballo no han de poder exigir los necesarios requisitos para llevar á cabo su misión?

Conste que aquí para nada recogemos las censuras de los extranjeros por los caballos que se sacrifican en nuestras Plazas de toros; porque ellos los crían y los engordan para reventarlos en una carrera ó para comerlos; y es en extremo ridículo que llore la muerte de un caballo en las Plazas, quien se entusiasma y apuesta en una carrera, aunque al final de la misma se reviente el animal, después de haber triunfado (1)...

(1) Ya un acaudalado *lord*, ya una opulenta *miss*, dejan parte de sus bienes para fundar un hospital de gatos ó para que se atienda á la educación y delicada asistencia de cuantos perros vagabundos se encuentran por las calles; ya un miembro de la Cámara de los Comunes increpa duramente, en sesión pública al Gobierno, para que se digne decir si se ha castigado, como exige la ley, al infame delincuente que dió un palo á un gato, sin más razón que la de que le quiso robar una chuleta; ó ya, por fin, otro millonario, tratante en carnes, lega una renta para que se dé todos los domingos

A mí no me extraña que esos pobres caballos, calificados con nombres tan denigrantes como inmerecidos (y que prueban bien á las claras que son cualquier cosa menos caballos), mueran acribillados á cornadas, por lo que ya hemos dicho; pero me extraña que las funciones de toros nos parezcan tanto más buenas cuanto mayor sea el número de caballos arrastrados; cuando en ninguna parte, en ningún tratado de tauromaquia se aplaude la necesidad de tales muertes.

Para que el espectáculo no pierda su interés; para que no vaya prostituyéndose cada día que pasa, hemos de procurar que los medios sean adecuados al fin; sin culpas al espectáculo ni al arte, sino á aquellos por cuya pequeñez de espíritu ó extremado descuido no se cumplen los preceptos que el arte aconseja y que los reglamentos prescriben.

Y no cabe duda de que los detractores, los no aficionados, los que se ruborizan mostrándose partidarios de nuestra incomparable fiesta, olvidarán la aversión ó la repugnancia que les inspira si presencian corridas bien organizadas y

un rancho extraordinario á las ratas que hay en sus posesiones. ¿Habrás visto mayor extravagancia?

Y si al fin no viésemos en ello más que el lado ridículo, ¡anda con Dios!, pero hay que tener en cuenta otra cosa importantísima. Los potentados que tales fundaciones hacen en pro de los gatos, perros, ratas y burros, nada hacen en beneficio de los hombres que se encuentran desvalidos; y los que dan rancho á los animales inmundos, dejan poco menos que morir de hambre á infelices mujeres que por enfermas no pueden ganar un miserable jornal en una fábrica. Y téngase entendido que en Inglaterra, cuna de la protección animal, el hombre se muere de hambre, porque el pauperismo es numeroso. — *Sánchez de Neira.*

dirigidas, y si entre unos y otros conseguimos una verdadera reglamentación, que tanto se deja sentir, haciendo cada vez más difícil la decantada regeneración.

Como habrá podido observar el paciente lector, no hacemos aquí mención de las suertes de capa, saltos, quiebros, etc. etc., que se ejecutan durante el primer tercio. No son inherentes á él, y si se ejecutan en esos momentos, débese á que el toro se halla *levantado* y en todo su vigor, que es cuando deben llevarse á efecto.

Casi todas esas suertes son de lucimiento ó de habilidad: pero otras, como los lances de capa con los que á veces se inician la lidia, y los quites — cuando son de necesidad — son complementarias de la principal, de la suerte de vara.

Y no hay para qué decir lo que en aquéllas se ha adelantado desde los orígenes del toreo, porque todos lo saben; aunque á veces raye en escandaloso el continuado empleo de los capotes, cuyo abuso, si estropea á las reses haciéndolas perder condiciones de lidia, no perjudica menos á los toreros encargados de jugarlas, que son los primeros en lamentar las consecuencias.

DEL SEGUNDO TERCIO

Esta segunda parte de la lidia de los toros es importantísima, mucho más de lo que parece; porque es en ella donde comienza la preparación de los mismos para *bien morir*, haciendo que lleguen á manos del espada encargado de pasaportarlos en las mejores condiciones de lidia.

¿Cómo se practicaba antes? ¿Cómo ahora? An-

tiguamente, se clavaban las banderillas una á una, en un tiempo ilimitado. El diestro encargado de esta suerte se acercaba á la res llevando la banderilla en una mano y en la otra un capote de brega, enroscado, que servía para obligar á la fiera á embestir con desproporción, dándola una salida que permitía al diestro encargado de esta misión clavar el arpón, ó mejor dicho, la lanza, de cualquier modo y en cualquier parte del cuerpo de la fiera.

Hoy se clavan á pares, ó al menos, esa es la intención del banderillero; como lo indica la palabra *parear* con que también se denomina esta suerte; y hoy se clavan á cuerpo limpio.

Tanto ha sido el progreso que en esta parte de la lidia se ha conseguido, que podemos decir que nada de lo que se practica con los toros bravos está tan bien definido: todos son aptos para ser banderilleados en una ó en otra forma, y en todas, aun en aquellas que se llaman de recurso, cabe lucimiento.

Más, todavía; para que el animal no vaya perdiendo facultades, se exige al banderillero que llene su misión en el menor tiempo posible; y es de todos sabido con qué ojos se mira al que no sabe igualar, al que no clava en lo alto, al que no alza los codos y junta bien las manos, como al que emplea un modo que no es el indicado según las condiciones en que las reses hayan quedado al terminar el primer tercio.

En nuestros días se lleva á cabo la suerte de las banderillas con más riesgo que antiguamente; por ir el torero sin defensa (porque no puede decirse que las banderillas lo sean), y porque espera la acometida de la fiera frente á frente, aprovechando el derrote para clavarlas á poca distan-

cia una de otra y en lo alto del morrillo ó donde convenga, para corregir resabios.

Los toreros de *aquel entonces*, por fuerza habían de ser menos habilidosos, ó por mejor decir menos completos que los modernos y actuales. Las Tauromáquias de *Pepeillo* y Montes, si no contienen errores, por lo menos son pobres... Todas las ciencias y artes han sido así en sus albores; simples, insuficientes, incompletas; sólo con el estudio, con la observación, con la experiencia, con el tiempo han podido alcanzar el campo que poseen, y se nos presentan hoy con mayor claridad, más fáciles, más asequibles que antes lo fueron. Y por mucha perspicacia, por mucha inteligencia, por mucho amor al trabajo que hubiesen tenido los hombres primitivos y los de las primeras Edades de la Historia, no hubieran logrado poseer el caudal de conocimientos universales que los de hoy podemos adquirir con facilidades que á aquellos parecerían inverosímiles.

El toreo es arte: el toreo está basado en reglas fijas; y ninguno que las conozca (como hoy están obligados á conocerlas todos los toreros), ninguno que las ejecute como debe, lamentará desgracias. Como no dependan éstas de la eventualidad.

De aquí la necesidad, ó mejor dicho, la escasez de buenos toreros. Mientras unos están dotados de la debida inspiración y de las demás condiciones exigidas al artista torero, otros, con un corazón más ó menos grande, pero sin más conocimientos que los adquiridos á fuerza de cornadas y de golpes, se empeñan en salvar dificultades.

El torero moderno no puede ser el hombre rudo, temerario, salvaje, que fiado en sus fuerzas se lance al combate, creyendo hallar todo re-

suelto en la práctica. Este error ha costado muchas vidas.

Montes dice en su Tauromaquia que con el valor y la ligereza ha de ir unido el perfecto conocimiento de la profesión; es decir, el absoluto dominio de todas y cada una de las reglas escritas para torear, y una clara inteligencia para conocer rápidamente las condiciones de los toros. Por rara casualidad sufrirá fatales percances el que se encuentre adornado de dichas cualidades y no las olvide ni por un momento; pues probado está que cuantas cogidas ocurren en estas fiestas, son debidas, ó á necias temeridades ó á indecisiones é ignorancia.

A este propósito escribía el maestro Sánchez de Neira:

«Ni el buen actor llega á serlo con sólo aprender de memoria su papel, ni el cirujano sin conocer á fondo la estructura del cuerpo humano, ni el abogado sin profundizar la filosofía y trascendencia de las leyes; ni puede el torero considerarse tal, sin distinguir perfectamente las condiciones de las reses y las reglas del arte á que se dedica, y todo eso se lo dicen los libros y las explicaciones de maestros experimentados.»

El peligro de sortear los toros es menor cuanto mejores son las aptitudes del torero; y, como muchas veces ha sucedido, llega casi á desaparecer cuando se admira á un lidiador que nos hace presenciar los variados lances de la fiesta tranquilos, seguros de que, mientras él intervenga, nuestros ojos no verán desgracias.

Después de largo aprendizaje, basado en los principios racionales en que el arte descansa, y en el que se han visto las contrariedades de la ejecución; cuando las facultades físicas restan, es

cuando el torero se perfecciona, se hace; sabe el terreno que debe pisar, el lugar en que los toros *pesan* menos; las querencias naturales ó adquiridas que tienen y la lidia más conveniente á cada uno; sabe *ver llegar* y anda entre los toros con la seguridad del hombre avezado á estas lides.

Y esto no pudiera hacerse si no hubiera tal arte: no nos podríamos explicar que un hombre viejo, pesado y tardo en sus movimientos, falto de las energías que los años le fueron mermando, pudiese vencer al toro, acaso con más lucimiento que el torero joven que, ya que no con su arte, esquiva los peligros con sus facultades...

Muchos creen que lo peor del toreo, que es el riesgo, se puede salvar con la maña adquirida á fuerza de revolcones, practicando en capeas, novilladas de pueblos y tientas; pero ya hemos probado que no; y siendo muchos los pormenores de la ejecución, y no siendo comunes al hombre las condiciones exigidas al torero completo, cabe afirmar que el arte de los toros no es tan sencillo como dicen muchos, ni está al alcance de todos.

¡Ahí el error de tantos desgraciados, que ignorando lo más rudimentario, se ajustan la taleguilla, creyendo encontrar en el ejercicio, en la práctica, las leyes necesarias cuyo conocimiento ha de ser anterior é indispensable, adquirido al lado de maestros experimentados, en el estudio de las obras que nos legaron y en la historia, que es guía, que es lección y es escarmiento!

DEL ÚLTIMO TERCIO

Aplíquese al público lo que acabamos de decir del arte y del artista.

El público de la *antigüedad* era ignorante en materia de toros: tenía que serlo. Si hoy lo es en su mayor parte, ¿cómo no había de serlo entonces?

Pero esa ignorancia, ese desconocimiento del arte y las reglas tiene que ser relativo, fundándose, precisamente, en las dos clases de ignorancia que dicen que existen.

El público de *hoy* es el que, con ver tantas corridas como en la actualidad se celebran; con lo que lee y discute de toros, está obligado á saber más, mucho más de lo que sabe: luego su ignorancia es vencible, porque medios tiene para salirse de ella.

En cambio, el público del pasado, por no existir el arte ó por existir en germen, carecía de todo cuanto podía ilustrarle en la materia: no conocía el arte de los toros como hoy cabe conocerlo.

Labor verdaderamente ilógica es la de aquellos que se afanan en hacernos creer que

*cualquiera tiempo pasado
fué mejor.*

Y más incomprensible es todavía en quienes, como ciertas autoridades en la materia, se empeñan en hacernos ver negro lo blanco, perdiendo lastimosamente el tiempo en trabajos que á nada conducen y olvidando lo más necesario y urgente. ¡Triste papel el de algunos que tan mal empleo hacen de las extraordinarias dotes que el Hacedor les otorgó! Pero ¡más triste es aún el de

aquellos que comprendiendo la verdad de nuestra doctrina, se obstinan en ser apóstatas!

El examen del último tercio de la lidia tiene que dividirse en dos partes: primero hay que hablar de los pases de muleta y luego del empleo del estoque.

Si es verdad que el hombre burla y vence á la fiera merced á la inteligencia de que está dotado, claro está que esa su inteligencia podrá desenvolverse y manifestarse mejor: cuanto mejores y más completos sean los medios de que disponga: por lo tanto, como el empleo que de la muleta se hacía *antiguamente*, era insuficiente; no podía llenar el objeto apetecido. La existencia de dos pases, el natural y el de pecho, ¿podía bastar, podía llenar el objeto de suma importancia que tiene el pasar los toros de muleta? ¿Quién ignora que los toros llegan comúnmente á la muerte recelosos, descompuestos, cuando no de sentido, y que por lo tanto ofrecen múltiples dificultades que el espada debe corregir?

Cuando el toro se tapa, cuando no humilla lo necesario, cuando se cierne en el engaño, cuando toma querencia en tablas, cuando llega con muchos pies y se ciñe demasiado, etc. etc., ¿cómo será posible al espada componerle la cabeza y prepararle para una lucida muerte, si carece de medios para dominarle?

¿Se puede pasar por alto, por bajo, en redondo, etcétera, no valiéndose más que de los pases, natural y de pecho, como antiguamente?

Y ¿no era ese trasteo monótono y peligroso?

La gran variedad de los pases *hoy* en uso, que los clasificamos en pases de lucimiento, de castigo, de recurso y mixtos, demuestra que si la

fiesta se halla, como algunos dicen, en su decadencia, no es por falta de conocimientos, sino por la deficiencia de los elementos que en ella intervienen.

El arte llegó á su apogeo: artistas como Montes, Curro, Cayetano, Lagartijo y Guerrita aportaron á él los necesarios complementos. Antes era la época de la media-luna, de los perros y otras salvajadas; hoy, la época del arte; pues tal como se conoce nuestra fiesta, nada deja que desear, salvo las deficiencias anotadas en el primer tercio.

Ahora digamos algo de lo que á las estocadas se refiere y de la manera de ejecutar esa suerte.

Hay estocadas de muerte que no están dadas en lo alto de las agujas (no en lo alto del morrillo como algunos dicen; que no es lo mismo), y ¿quién asegura que los matadores de antaño no utilizaban cualquiera de estas estocadas para hacer rodar al toro instantáneamente?

Si *antes* era la suerte de recibir la que se practicaba para dar muerte á los toros, ¿quién se atreve á asegurar que es fácil clavar el estoque en la cruz, siendo el toro el que acometía y estando quieto el matador? ¡De cien mil veces, una, y ésta por casualidad! No ha mucho que una firma autorizada decía: «que era raro el bicho que rodaba á la primera».

¿No es disparate creer que *Costillares* ó el *Africano* realizaran el volapié como lo practica hoy cualquiera, *el mejor de los peores*? ¿No es más lógico creer que fueron unos *mata-toros*, que no matadores clásicos que se *reunieran* en corto, perfilados, que atacaran despacio (salvo en los contados casos en los que convenía lo contrario),

que *emparejaran* bien y que cruzaran como debían, obligando al toro á doblar el cuello para dar paso al torero? Probablemente, seguramente, *Costillares* y el *Africano*, los dos que pasan como inventores de la suerte del volapié, darían las estocadas donde buenamente pudiesen y sin que el toro *se diese cuenta* del ataque, hasta que sentía los efectos del espadazo. ¿Quién entonces (aun reconociendo que la afición reparase en estos detalles de marcar los tiempos), se fijaría en los piés del estoqueador, para saber si el toro fué herido derecho, si la suerte se ejecutó con arreglo á lo preceptuado?

No estará de más que recuerde aquí una escena que presencié en la sala de billares de un casino.

Tratábase de un carambolista tan diestro, que ejecutaba por centenares las carambolas: iban y venían las bolas, chocaban ó no donde y cuando el jugador quería. Parecía que, imantadas ó magnetizadas, las esferas de marfil obedecían á la voluntad del maestro del taco; y era cosa de sentarse cuando se disponía á jugar, porque aquello parecía que no tendría fin. Y — como sucede cuando se admira á un maestro — los problemas más difíciles de choques, retrocesos, efectos, barandas, etc., etc., se nos antojaban cosa fácil, sencillísima, á los espectadores.

Uno de los curiosos, no encontrado frase más apropiada para expresar su admiración, dijo al artista del billar:

— ¡Juega usted más que el que inventó las carambolas!...

Y ustedes me dirán si el inventor podría, ni por casualidad, ni por milagro, poseer una diezmillonésima parte de la ciencia ó de la habilidad

de aquel portentoso jugador. Porque todos hemos visto los sucesivos perfeccionamientos que en tacos, bolas y mesas de billar se han venido realizando día tras día.

La suerte de recibir, por ser una de las suertes de estoquear que hoy han caído en desuso, tiene que parecer difícilísima á los espadas. No la practican; ni la han visto ejecutar, por lo menos á los que la ejecutaron, mejor ó peor, pero con alguna frecuencia. Los entorpecimientos que hallan los que tratan de resucitarla, no dependen de la suerte en sí, sino del procedimiento. Todo lo que no se practica nos parece siempre erizado de dificultades...

Pero la suerte de recibir, comparada con su opuesta la del volapié, es menos compleja: tiene un tiempo menos, aunque por todos sea considerada como la suerte suprema del toreo. La suerte de recibir, que caracterizaba al toreo antiguo, no puede aplicarse más que á contadísimas reses; y la del volapié, en todas sus clases y derivaciones, que es la que hoy se emplea para dar muerte á los toros, cabe emplear con toros de todas condiciones; especialmente con aquellos que dejan colocarse al espada.

¿Está clara la diferencia del toreo antiguo con el del presente?

¿Se comprende ahora por qué el Pontificado dictó aquellas disposiciones de excomuni6n á las autoridades que consentían las fiestas de toros y de negaci6n de tierra sagrada á cuantos muriesen en tan bárbaro espectáculo? ¿Verdad que tales castigos estaban puestos en raz6n, y que hoy serían tan ridículos como anacr6nicos ó infundados?

Si otros Pontífices revocaron aquellas disposiciones y permitieron en Bulas curiosísimas la celebración de las corridas en España, forzoso es admitir, no que la fiesta estuviera tan arraigada que su prohibición trajera grandes males (cosa incomprensible, dado el escasísimo número de fiestas que entonces se celebraban), sino que por unos y por otros hubo que reconocer la existencia de un arte que hacía menos peligrosa la lidia y que ese arte iba de día en día perfeccionándose.

Zaragoza, 9 de Junio de 1903.

NECESIDAD DE LA DIVERSION

¿Conviene su mantenimiento ó su extinción?— Las prohibiciones del Papado fueron muy justas. — El toreo nació cuando decayeron los autos de fe. — El toreo no existiría si no rindiésemos culto al valor personal. — Estética del toreo. — Vitalidad del pueblo español.

Lo que hemos dicho con respecto á los toreros, cuya calidad ó cuya aceptación cabe medir por la controversia que engendran, puede aplicarse á la fiesta de toros; no sólo cuando se la compara con los demás espectáculos, sino cuando se discute su mantenimiento ó su extinción.

Ese privilegio no tiene únicamente nuestra fiesta favorita, sino que— como dice el maestro Sánchez de Neira — es de todo lo grande, de todo lo importante, de todo lo que sale de la esfera de lo común y ordinario. Y como no es la fiesta de los toros uno de esos insulsos espectáculos que caen pronto en desuso, quedando relegados al olvido por el poco ó ningún interés que despiertan, siempre tuvo y tendrá apologistas y detractores. ¡Qué mejor prueba de su atractivo, de su interés?

La diversión es necesaria; tan necesaria para la vida como lo que más. Fiestas y funciones

hubo siempre, desde los primeros días, y en todos los países. Los gobiernos las fomentaron y las instituyeron, porque comprendieron la necesidad de esos regocijos de los que algunos, como el de los toros bravos, es esencialmente español y otros, por especiales circunstancias, son de índole universal.

¿Por qué es necesaria la diversión?

Cuando el hombre no se divierte; cuando al hombre no ocupa alguna pasión ó algún recreo, el tedio, el fastidio, el aburrimiento le hacen melancólico, le hacen misántropo; le hacen, en una palabra, desgraciado.

Sin entretenimiento no hay alegría y con entretenimiento no hay tristeza.

Muchas personas de elevada posición carecen de dicha cuando, por la índole especial de su vida, no acuden á fiestas y no se rodean de personas que las distraigan.

Los que por la edad tuvieron que abandonar los puestos que ocuparon, se encuentran olvidados, abandonados, y la nostalgia acaba por martelarles.

Los mismos reyes tienen que distraerse, tienen que olvidar lo que son; tienen que rodearse de gentes que procuren que á las ocupaciones de la realeza sucedan las diversiones; que no se hallen solos, que no piensen en sí, que no gocen de la contemplación de la gloria que les circunda.

¿No se desea, no se busca la presencia de ciertas gentes, cuyo buen humor es envidiable, cuyos donaires se celebran y sin quienes parecerían las reuniones visitas de pésame? ¿No suele decirse de esas personas que son felices, que donde ellas están no hay tristeza?

Pero, aún hay más. Los enfermos ¿no llegan á

olvidar sus dolencias cuando escuchan ó toman parte en una conversación agradable ó cuando se enfrasan en una lectura interesante?

Muchos son los cuidados que abruman al hombre; el honor, la familia, la fortuna, los negocios, las ocupaciones en que se ejercitan, etc.; y como únicamente la diversión nos quita esos cuidados ó hace que no dediquemos todas las horas de la vida á esas atenciones que acabarían por hacernos desdichados, de ahí su necesidad y de ahí la preferencia con que las aceptamos según el interés que nos ofrecen.

Podrá contestar el moralista que el remedio es peor que la enfermedad; que las diversiones nos pierden, porque nos quitan de pensar en nosotros... Pero, lo cierto es que, sin diversiones, caeríamos en el fastidio; mientras que con ellas, la vida se hace más llevadera y se llega á la muerte casi insensiblemente... Y nosotros, que reconocemos, como todos, la necesidad de la diversión, estamos muy lejos de pedir que nos paseemos toda la vida bailando; no: una cosa es que dediquemos atención á los trabajos y cuidados, pero alternándolos con el debido recreo, y otra, muy distinta, la de vivir para proporcionarse placeres y más placeres. Ya lo dijeron: una cosa es comer para vivir, y otra, vivir para comer...

Hacer sistemática oposición á una determinada doctrina, sólo porque sí, es poco lógico.

¿No es mejor acostumbrarnos á discurrir con nuestras propias fuerzas, poniendo en comparación las ventajas y los defectos con que aquella se nos ofrece y juzgarla luego con entera imparcialidad? Sostener lo que otros afirman, sólo porque lo afirman otros; dejarse llevar de la rutina,

no tener opiniones formadas sobre la materia que se estudia, es empequeñecer nuestra inspiración, coartar el ejercicio de las facultades y exponernos acaso á cerrar los ojos ante la verdad, seducidos por la capciosa perspectiva de algunas inteligencias que sólo conducen al error más deplorable.

Hablar mal de una fiesta

que viene de prole á prole

como hablan unos cuantos detractores de oficio, que no la conocen; ó porque á algunos Pontífices les ocurriera castigar con la excomunión á las autoridades que las consentían y con la negación de tierra sagrada á los que muriesen en tan bárbara fiesta, es carecer de noticias; es hablar de lo que no se entiende, es interpretar torcidamente la voluntad del legislador.

Gregorio XIII y Clemente VIII revocaron aquellas disposiciones, y, en Bulas curiosísimas permitían la celebración de corridas de toros en nuestra patria, con la condición de que *habían de tomarse las precauciones debidas por aquellos á quienes correspondía; y de que esa diversión no se verificara en días festivos.*

Pero aunque no las hubiesen revocado, forzoso es reconocer que las prohibiciones, entonces, (en los siglos xv y xvi), estaban en su lugar y eran tan justas, como hoy serían completamente anacrónicas. El toreo no existía entonces; el toreo vino después; aunque para hallar su origen nos remontemos á la época aquella en que los paladines de la Edad Media combatían con los toros dándoles muerte á lanzadas, ó á la más posterior en la que la lanza fué sustituida por el rejoncillo, siendo bazarria de los galantes caballeros de la

Corte de Felipe IV, quebrarlos en presencia de las damas de sus pensamientos...

El toreo nació después, cuando decayó el esplendor de los autos de fe. Y, convénzanse los detractores de las corridas de toros, que no fué— como dice Luis Vidart—mera casualidad la coincidencia: fué esta coincidencia un signo de progreso, porque ciertamente lo es la sustitución del gusto de ver tostar herejes por la afición de ver matar toros...

Hizo bien el Pontífice San Pío V en excomulgar á los lidiadores y á los espectadores de las luchas taurinas, diciendo que esa diversión era más propia de demonios que de hombres. ¡Yo hubiese hecho lo mismo! Y hasta nos explicamos que algunos, como el P. Mariana, condenáran los toros fundándose no sólo en la autoridad de las Bulas pontificias y en las decisiones de algunos Concilios, sino en lo que ellos mismos pudieran haber visto.

Pero ¡desde entonces ha llovido mucho! Hoy la fiesta está reglamentada; sujeta á principios exactos, cuyo desconocimiento ó falta de aplicación, salvo algunos accidentes fortuitos, han sido las únicas causas que originaron desgracias. Y aunque, por deficiencias de los elementos que en ella intervienen, se diga que ha caído en un período de decadencia, no es cierto: hoy, todos los toros, cualquiera que sea la condición que ofrezcan, tienen su lidia, y todas las suertes tienen sus reglas y sus recursos.

¿Que el arte es peligroso? ¡Indudablemente! En ese peligro está, precisamente, fundado y admitido; y quien negare que en eso estriba uno de sus mayores atractivos, mal se verá para probar que ese *fondo de fiereza* que le atribuyen, no corres-

ponde á cierto instinto del humano corazón, que se complace en rendir culto al valor personal...

Pero, entre las muchísimas y diversas fiestas conocidas, ¿hubo ó hay alguna tan nacional como la españolísima de los toros? ¿Cuál tiene una estética tan nacional?

Dijo Cristóbal de Castro que poseer una estética es para un pueblo como poseer un patrimonio.

Las devociones estéticas taurinas, cada día más intensas, hacen de esta presente la época más florida y más seriamente preocupada por la determinación de los caracteres de lo bello que acompañan á la deslumbradora y emocionante fiesta, que nació y se desenvuelve en el seno de la lucha, y que satisface ciertas necesidades del espíritu; aunque á la alta mentalidad de Silvela le pareciera la más costosa, la más regresiva, la menos educadora de cuantas podía ofrecerse á las clases trabajadoras.

Si la fiesta española no fuese bella, ¿qué duda cabe que su existencia sería efímera?

Es bella, y su belleza radica esencialmente en el principal de los elementos que la constituyen: en el toro, que es el que presta á la fiesta toda la grandeza que tiene.

La lidia es lucha, y en toda lucha, la razón ha de estar en uno de los que combaten; aunque esta razón no sea más que la de defensa.

El pueblo español es el más grande de la Historia: vive aún y vivirá mientras en sus luchas se muestre grande, generoso, gallardo; mientras guste de espectáculos en los que el valor juega el principal papel. Y únicamente así se explica que todas las adversidades que sufrió el pueblo español se estrellaran contra su vitalidad grande y vigorosa.

¿Qué queda de los grandes imperios de Oriente? ¿Qué de Grecia, cuna de la civilización y de la cultura, de la gracia y la armonía? ¿Qué de otros pueblos ó razas que llegaron á imponer al mundo sus leyes?

¡Ni sombra de su pasado glorioso! ¡Desaparecieron, y hoy nadie diría que por aquellas latitudes pasó un día el aliento vivificante del hombre! ¡Murieron, y al morir, deformadas sus fuerzas y sus ideales, perdieron su pureza de líneas!

¿Qué queda de los espectáculos públicos de aquellos pueblos? ¡Ni el recuerdo!...

Si desaparecieron, prueba es de que — respetando, como respetamos, los esfuerzos de quienes tratan de resucitarlos — eran feos, eran repulsivos. Lo feo, lo repulsivo es lo que muere, lo que tiene que desaparecer para dejar paso á otras formas bellas...

Y las corridas de toros, con las muchas vicisitudes que han tenido; con los altos y bajos que han experimentado; con todas sus decadencias hoy y sus prosperidades ayer, continúan y continuarán mientras España sea España y mientras nuestro suelo críe toros aptos para ser lidiados.

Cambiarán las costumbres; desaparecerá el idioma; invadirán gentes extrañas nuestro suelo... Pero, mientras quede en la sangre algo de nuestro linaje; mientras no se transforme por completo la naturaleza de nuestra tierra, las corridas de toros existirán; las corridas, pese á quien pese, resistirán el demoledor empuje del tiempo, y, lejos de extinguirse, se propagarán.

Que ellas, como dijo Juan Jacobo Rousseau, han contribuído á mantener en la nación española un cierto vigor...

¿EN QUÉ CONSISTE EL VALOR?

Serenidad, confianza, conocimiento de la materia.— Quiénes desprecian á la muerte. — La valentía de Machaquito. — La ignorancia disfrazando al valor.

Pero, ¿qué es el valor? ¿El valor existe? ¿Es cierto que hubo y que hay hombres valerosos?

Valiente es el que, conocedor de sus propias fuerzas, se lanza al peligro, seguro de que con ellas ha de vencerlo.

El valiente teme al contrario; no tiene miedo de su propio temor, y con la fe que tiene en la victoria, va sereno al fin.

Al muchacho que se presenta á exámen conociendo bien la asignatura ó las lecciones que han de entrar en suerte, poco le importará que tenga que explicar la primera lección del programa ó la última; y aunque en otros actos de su vida se muestre pusilánime, hablará ante los profesores que han de sentenciar sobre el fruto de su estudio, como si se hallara ante la cocinera ó el gato de casa. Y por el contrario, el que de cien lecciones que entren en suerte sólo conoce veinte, temblará como una vieja, por muy fresco y decidido que sea, y pedirá á todos los santos que las lec-

ciones que ha de explicar se hallen comprendidas entre aquellas de las que puede dar alguna idea.

Muchos hombres que andan por ahí perdonando vidas, cuando se prendan del cuerpo más ó menos ó menos zaragatero de una hembra, necesitan de los buenos servicios de un amigo para que la interesada tenga noticia del amor que inspiró al otro:

— Oye, Felisa, ¿sabes que Pedro está loco por ti?...

Supongamos que á un chiquillo maltrata un hombre: el chiquillo, que mide sus fuerzas y que comprende la desventaja que había de llevar en lucha con el mayor, no tiene otra solución que resignarse ó echar á correr.

Unos clamarán en su desesperación:

— Si yo fuese como tú, no me pegarías...

Lo que prueba que sus fuerzas físicas no responden á los impulsos de su corazón, y otros, desde lejos, insultan ó apedrean, valiéndose de la seguridad que les da la distancia para vengar el agravio...

¿Fueron valientes *Lagartijo* y *Frascuero*? Ante los toros, sí; pero no para aventurarse á *pasar el charco* y llegar á América, contratados en muy ventajosas condiciones.

Conozco muchos marinos que no temen al mar ni al viento huracanado, y que durante años y años en rudo combatir, burlaron

... la extensa sepultura

que aquellos le brindaron del fondo en el confin.

Y que, no obstante, jamás pensaron en colocarse frente á un toro. Como sabemos de muchos aguerridos militares que temen á sus esposas más que á las balas...

Siendo esto así, ¿cómo diremos que el valor existe? El valor es muy relativo.

Dicen — y yo no dudo — que hace falta valor para presentarse ante la cara seria del toro, y más valor aún para no perder la serenidad y ejecutar los variados lances de la lidia. Pero ¿quién negará que — así como el navegante encanecido en la lucha con el indomable elemento, sintió achicársele el corazón las primeras veces que se internaba en el mar, desde donde el continente le pareció que se sepultaba en las ondas — también el torero, por muy resuelto que fuese y por muy poco cariño que tuviese á la vida, tembló al vestirse de luces, al pisar el redondel y al ver salir al toro por primera vez?

Y ¡si sólo fuese la primera vez!...

Muchos actos que han realizado los hombres; muchos actos que pasan como heroicos, no son debidos á la valentía, sino al miedo; pues, como leemos en Quevedo, «el que pelea en la tierra por defendella, pelea de miedo de mayor mal; que es ser cautivo y verse muerto; y el que sale á conquistar los que se hallan en sus casas, á veces lo hace de miedo de que el otro no le acometa».

Dícese de muchos hombres que desprecian á la muerte; y nada más falso. Quienes no temen morir son los niños y los locos: aquéllos, porque no han llegado á tener juicio, y éstos, porque lo perdieron. Unos y otros ignoran el peligro. Y si, como dicen, hay hombres que no temen morir, podremos afirmar en absoluto que, ó no tienen experiencia ó no tienen razón; es decir, que son niños ó son locos.

Entre los modernos toreros, *Machaquito* gozó fama de valiente; yo no lo creo, y poco me costaría probar mi aserto: pero mejor es que deje-

mos hablar al cronista taurino del *Heraldo de Madrid*, que así reseñaba en un diario santanderino (1) la lidia de un toro muerto por aquél:

«Un feto sin pitones y sin representación ninguna. Muy bonito, muy fino; pero feto.

¡Cómo sería la fiera que el hermano de *Machaquito* se permitió tirarla dos capotazos, corriendo por derecho!

¡Qué proezas haría con los picadores, que *Veneno* tuvo que echarle el caballo encima, y otro picador no logró que la cucaracha le arrancara, á pesar de haber un capote caído entre el caracol y el caballo, el sombrero que le arrojó el piquero, mas una gorra que antes le habían tirado á la cara!

Nada, señor Fernández
que retirado
queda el sencillo bombo
que antes le he dado.
Los ejemplares
así, se venden todos
en los bazares.

Mogino metió un par bueno, y se acabó lo de banderillas.

Machaquito, no sé si disgustado por la poca representación del galápago, ó porque realmente viese algo que á los demás no se nos alcanzó, hizo una faena muy mediana al principio, comenzándola con el famoso pase del Celeste Imperio.

El torete le da un acosón gordo, y el muchacho se encorajina, y torea apretándose, y, entrando bien, arrea un pinchazo largo.

Nueva faena muy valiente, intercalando algu-

(1) *El Cantábrico*, 25 de julio de 1905.

nas escupitinas lanzadas á la cara de la res, que al sentir media estocada sin soltar, mugió:

— No me escupas más, querido.
Mátame con brevedad,
y observa que te lo pido
con mucha necesidad.

Rafael deja desatarse á los nervios, y ya en el período de la fiebre atiza una estocada corta la-deada, haciendo luego unas cuantas locuras entre los pitones que por poco si le dan un disgusto á pesar de ser cortos.

Otra estocada lo mismo, arqueando el brazo y saliendo perseguido, y por último, haciendo mucho el perro de aguas por el chico de Córdoba, una estocada hacia el lado contrario.

Bueno. Y digo yo. ¿Por qué perder así la serenidad, hasta el extremo de estar continuamente gritando ¡déhalo! ¡déhalo! sin haber nadie cerca del bicho?

Si no es posible mantener tranquila
la voluntad que los desastres fragua,
no sólo llesves el botijo de agua.
¡Lleva también un poquitín de tila!»

¿Qué se deduce de todo esto? Que *Machaquito* perdió la serenidad ante un feto; que hizo locuras con un feto, y que se vió tan aperreado para matarle, que aún es posible que estuviera vivo, si el mismo torete no se lleva clavada la espada ó si (como era costumbre en el hermano del matador) no le atiza una puñalada desde la barrera.

¿Puede ser valiente un torero que hallándose solo con un torete, grita:

— ¡Déhalo! ¡déhalo! ¡déhalo!
como si los auxiliares le estorbaran?

De ese diestro se dijo en los últimos días en que ejerció la profesión que *estaba como al principio*.

Los que tal afirmación lanzaban, debían referirse al valor que acreditó estoqueando desde muy lejos, de prisa, teniendo al toro distraído y colocando los estoques en el morrillo y no en las péndolas; pero jamás dijeron mayor verdad, porque *Machaquito* se fué de los toros sabiendo lo mismo que sabía cuando empezó: ni una letra más. Ni se le metió el toreo en la cabeza ni se le hubiera metido nunca. Era uno de tantos equivocados.

Y como ese hubo, hay y habrá muchos.

Lo que ocurre es que los diestros noveles, fiados en su arrojo y en sus fuerzas físicas, y sin la menor idea de lo que es la lidia, se presentan á los ojos de muchos aficionados miopes dando la nota de valientes; cuando en realidad no son más que unos ignorantes supinos.

La ignorancia dicen que es atrevida, y el no saber cómo desembarazarse del peligro que les rodea hace exclamar al pueblo:

— ¡Qué valiente! ¡Cómo se arrima!

Cuando el que se arrima no es el torero, sino el toro al torero. Y el valiente también es el toro.

Cuando estos valientes llegan á adquirir con la práctica algunos conocimientos; cuando empiezan á ver que los toros no se andan en bromitas y que *tirán á dár*; cuando han aprendido á escaparse, es cuando torear desde España al toro que está en Lima.

Y así se nos va la vida; engañándonos y no queriendo apechugar luego con la realidad: no queriendo comprender que andan siempre hermanadas la ignorancia y esa mal llamada valen-

tía, y que los ignorantes son los que pasan por más valientes.

La mayor ó menor decisión con que nos lanzamos á una empresa difícil, está en relación con la serenidad con que la miramos; y esta serenidad depende siempre de la confianza que tenemos en nuestro propio valer. Que es lo que decíamos antes; que hay que dominar la materia; que hay que conocer la asignatura...

Yo no conozco en la actualidad espada verdaderamente valiente más que uno: el *Chuiquito de Begofía*. Y si le hay, ¡que levante el dedo! ¡Celebraré conocerlo!

Cuando se confía el *Gallo*, es porque tiene ó cree tener seguridad de que *puede* con el toro; y nadie tan valiente, tan sereno como él en aquellos momentos. En cambio no se luce estoqueando. ¿Por qué? ¿Por falta de valor?... No y no: matando tiene el mismo valor que toreando: lo que no tiene es conocimiento completo de la asignatura para desafiar, no conoce esa lección y no puede desafiar noblemente el peligro.

Otro ejemplo: si Eugenio Noel (y que me perdone el símil el gran patriota), no contase con su asombrosa cultura, con su persuasiva elocuencia, con la fe que tiene en los ideales que defiende; si no tuviera plena confianza en sí mismo, ¿creen ustedes que se atrevería á peregrinar solo, pobre, como un verdadero apóstol y en medio del vacío espantoso que le hace la Prensa? ¿Qué? ¿Que es un loco, que es un temerario?... Los locos y los temerarios no corren voluntariamente á la guerra con el objeto de ver, observar y estudiar lo que escrito está en sus *Notas de un voluntario* y que no vieron ó no quisieron ver los corresponsales allí enviados.

Sí; Noel es un loco que anda suelto, aunque la Patria muchas veces quiso pagarle privándole de libertad; pero, va á dar mucho que hacer.

Loco es el que ignorante de lo que ejecuta se lanza al peligro que no lo sabe evitar; como el que comprendiendo que no es llamado, se obstina en vencer insuperables obstáculos, y como el público aficionado, siempre fanático, factor ó cómplice de muchísimos desastres...

LOS BELMONTISTAS NO SON AFICIONADOS

El aficionado debe ser independiente. — Los que adoran ídolos son los más temibles enemigos de la fiesta y de los ídolos. — El diestro innovador puede vivir sin defensores. Belmonte no tiene enemigos.

Queda apuntado en anteriores capítulos que mejor que tener ídolos es apreciar serenamente lo que unos y otros hacen, sin temor á pervertirnos, y sin que el arte salga perdiendo con esos apasionamientos, que, cuando se dan á conocer, originan ridiculeces y á veces daños mayores.

Y añadíamos que se puede ser aficionado sin adorar ídolos, viviendo en contacto con todos, sin que por ello caigamos en debilidades impropias de los hombres...

Ahora, volviendo el tema por pasiva, podemos deducir que no es aficionado el que es partidario ciego de un determinado diestro; el que, juzgando acertado cuanto el ídolo practica, se niega á reconocer cuanto, más ó menos bueno, hicieran los demás. Lo que quiere decir en castellano, que el aficionado, para serlo, debe ser independiente; que debe tener criterio sano, y por lo tanto, que debe reconocer en todos y en cada uno de los

otros cuantos aciertos lleven á cabo consciente ó inconscientemente.

En una palabra, que nada se puede apreciar en su verdadero valor; que no cabe imparcialidad ni integridad en el aficionado, si falta la primera condición, que es la de ser indulgente.

El *gallista* no es aficionado, porque mira con benevolencia, admite como genialidad y perdona el acto frecuente en Rafael de huir vergonzosamente y tirarse de cabeza al foso.

El *pastorista* no es aficionado porque su apasionamiento por Vicente Pastor no le permite observar que este diestro pocas veces se *reune* para matar al volapié, como el arte prescribe; pues en el reunirse entra la disposición de las figuras, y Pastor jamás se perfiló con los toros, sino que acomete de frente, y en esa situación, tiene más fácil la salida.

El *gaonista* no es aficionado; porque para ocultar imperfecciones de Rodolfo Gaona deja hacer á los demás muchas cosas que están reñidas con el arte.

El *joselista* no es aficionado; porque aplaude vicios de José Gómez, vicios que á tiempo podían ser corregidos fácilmente, si no estuviera, como está el *joselista*, sugestionado por otras hazañas del precoz Benjamín de la casa Gómez Ortega.

El *belmontista* tampoco es aficionado: porque en las ocasiones en que por falta del elemento toro no acierta á dar la nota de emoción y arte que tan célebre le han hecho, aplaude con el mismo calor que en los momentos felices del trianero.

Y lo mismo decimos de cuantos forman en otros bandos.

¿Qué se deduce de ésto? Que los que hacen con-

fesión pública de militar en cualquiera de esos grupos son los peores enemigos de sus ídolos y son los mayores enemigos de la fiesta, que no puede desarrollarse normalmente mientras haya quienes pasan como oro de ley muchas cosas que no debieran ser admitidas, y ponen peros á otras de buenos quilates que realizan los de enfrente.

El arte nuevo, el arte que resurge en Belmonte necesita, indiscutiblemente, de nuestra común ayuda; porque, como ya hemos dicho, es sincero, es lógico, es verdadero.

Pero si el arte necesita de la protección de los aficionados independientes, no ocurre lo mismo con el diestro innovador. El, como todos los genios, como todos los apóstoles, es grande, grande por sí y lo bastante sólido para necesitar el apoyo de *generosos* defensores que deben emplear todas sus fuerzas en favorecer al que empieza, á aquel que no puede abrirse paso porque no le acompañan valiosas influencias, ó á aquel que es atacado sin piedad y sin motivo.

Belmonte no tiene enemigos, en realidad; Belmonte no es atacado sino por algunos envidiosos de su suerte; de los que, unos pocos son profesionales que se ven arrinconados ó pisoteados, y otros, en mayor número, escritores de más ó menos campanillas, pero de poco ó de ningún conocimiento de la técnica, que se defienden en sus tribunas por el favoritismo y también algunos por el gracejo poliforme que les distingue, y que no siempre es beneficioso para el fin que debe perseguir la crítica.

LOS APASIONAMIENTOS SON RIDÍCULOS

Los apasionamientos estorban el natural desarrollo del arte.

No tienen justificación. — El papel que representan ciertos intrusos. — Carácter enciclopédico de los periódicos diarios. — Dónde están las verdaderas fuentes de doctrina. — Adulación y lisonja.

Los apasionamientos no tienen otro fin que el de sembrar de obstáculos el camino triunfal del arte. Podrá ser noble su intención; pero, como á la postre, á nada bueno conducen, hay que combatirlos necesariamente.

Una cosa es el culto instintivo que lo grande nos inspira; que sea un espectáculo bello y atractivo áquel en que se ponen á prueba el valor, la gallardía, la prestancia (aunque sea muy dudosa la necesidad de arrostrar ciertos peligros): comprendemos que el inteligente deseche al que no progresa: que admire al genio, para gozar en sus creaciones, no para hacerle ídolo; y que guste del payaso porque le mueve á la risa...

Lo que no se comprende es que muchos que se tienen por hombres, desciendan á representar ciertos papeles poco dignos ante ídolos de su mismo sexo. En otro caso, cuando una persona de

la más bella mitad del humano género, lleva al hombre á ciertos extremos, cabe disculpa; pero, ¡de hombre á hombre!...

Nada; que los apasionamientos son ridículos, y no tienen, cuando son de la índole de los que tratamos, no tienen razones que los justifiquen.

En cierta ocasión, un diario importante de la Corte publicó estas líneas; y de lo que del periódico y del autor de las mismas se murmuró, no hay para qué dar aquí noticia.

He aquí el artículo en cuestión:

«LA COGIDA DE BELMONTE

En casa del torero.

Cuando Belmonte pudo llegar á su casa, que á pesar de estar muy cerca de la plaza de toros y de ir en automóvil, fué un viaje de larga duración, porque los entusiastas rodeaban el carruaje, impidiéndole desarrollar su velocidad, el Dr. Serrano reconoció al diestro de Triana.

Belmonte tenía un puntazo poco profundo en el tercio inferior del muslo derecho, cara interna.

Después de curado, Belmonte se desnudó para entrar en el baño.

Más que del puntazo descrito se quejaba Juanito Terremoto de dolores agudos en el hombro izquierdo.

Cuando se desnudó para meterse en el baño vió Belmonte que tenía un fuerte varetazo en el centro del pecho, que subía hasta muy cerca del hombro izquierdo.

Hablamos con él unos momentos, porque el

trianero se disponía á marchar á Sevilla para cumplir allí compromisos contraídos.

Juanito quitó importancia á sus lesiones, y bromeaba, rehuyendo referirnos lo ocurrido.

El sexto toro, como el tercero, los dos que tocaron á Belmonte, fueron los más mansos de la corrida.

Quedadísimo el tercero, cual el último, que se salía suelto de las suertes.

Belmonte, que en el tercero, luego de una faena de valiente, no había tenido suerte con el estoque, quiso desquitarse en el sexto.

Era éste un bicho cárdeno con bragas, jirón, lucero y alto de agujas.

Juan toreó, como siempre, muy bravo con la muleta, obligando al bicho, que se marchaba solito. A fuerza de consentirle, pinchándole con el estoque en los cuartos traseros, consiguió que el astado no se le marchase.

Aprovechó entonces Juan el Unico y dió uno de sus famosos molinetes. Quiso entonces dar un pase cogido al pitón y coger la muleta y el estoque con la diestra para dar un pase ayudado.

Cuando alargaba el brazo izquierdo para cogerse á un pitón y obligar al bicho á que le tomase la muleta, se le arrancó de improviso, sin que pudiese hurtar el cuerpo al derrote.

El pitón derecho empuntó al diestro por el muslo derecho. Le elevó sin violencia y, después de pasárselo el toro al otro pitón, le arrojó al suelo.

Cayó Belmonte sobre el lado izquierdo, descansando todo el peso de su cuerpo sobre el hombro.

El torero en el suelo, á poco más de un paso del cornúpeto, se encogió. Su cuerpo sufrió una contracción violenta.

Creyeron muchos, por la forma aparatosa de la cogida, que el diestro sufría una grave cornada y que al dolor obedecía la contracción.

Lo que hizo que el diestro se contrajera y quedase inmóvil en el suelo fué el gran porrazo sufrido.

El diestro quedó desvanecido. Aunque tarde, los restantes toreros acudieron al quite, y Belmonte, repuesto, se levantó con el brazo izquierdo colgando, como si hubiese padecido una fractura.

Reanimado, pidió á Rafael Gómez estoque y muleta, y previos pocos pases, entró á matar valentísimo, dando una estocada superior que derribó al toro sin puntilla.

Pocos se dieron cuenta de que el diestro había sido cogido de nuevo y que fué milagroso que el cuerno no le produjera una gravísima lesión en el pecho.

Por estrecharse en demasía, rabioso por lo ocurrido, Juan entró á matar muy cerca y muy derecho.

Un pitón le tropezó con gran fuerza en la región pectoral.

La punta del cuerno encontró un obstáculo: cinco medallas de imágenes de la Virgen bajo distintas advocaciones.

Una, que le fué regalada en Méjico y que al reverso lleva la siguiente inscripción: «Souvenir», estaba abarquillada. Otra, cuyo donante tampoco conocemos, quedó doblada.

Otra tercera, que se puso ayer por primera vez ha desaparecido.

La persona que se la regaló—Belmonte es discreto y sólo dice *persona*, ocultando su sexo—le porfiaba hace tiempo para que le aceptara el regalo:

— ¡Póntela, que llevándola no te pasará nada!

La medalla ha desaparecido, dejando un rastro de sangre en el pecho del torero. De otra manera, el pitón, al no tropezar con un obstáculo de naturaleza dura, hubiera perforado la carne y penetrado en el mediastino.

Las otras dos están intactas: no así el cierre de la cadena de oro de que iban suspendidas, que se dobló y quedó abierto.

El doctor Serrano dió masaje en el hombro lesionado, que presenta visible inflamación.

El hábil cirujano nos dijo que aunque el dolor es grande, no impedirá á Juan lucir su arte ante sus paisanos.

Cuando nos fuimos, el doctor curaba á Belmonte el puntazo del muslo, sufriendo las bromas del torero, satisfecho por su última faena en la plaza de toros de Madrid.»

El revistero que en el mismo número informaba, escribió todo lo contrario que el autor de las anteriores líneas con respecto á los toros lidiados aquel día por Belmonte.

Y aunque— ¡claro está! —más crédito mereces el revistero—uno de los más competentes y de lo más veraces—, que no el anónimo autor de aquellas tonterías que tanto y tanto dieron que hablar y que reír, ¿qué ganó el periódico que consiente intrusos en asuntos que únicamente podía tratar el revistero, y qué ganó Belmonte?

Ya el lector se habrá fijado que el conocimiento técnico del intruso informador si no favorecía grandemente al diestro, tampoco favorece mucho á la fiesta. Le parece bien que el espada pinchase al toro en los cuartos traseros para obligarle á tomar la muleta: ensalza el molinete como pase

y—¡como pase eficaz!—cuando sólo es un simple adorno que puede consentirse intercalado en una faena completa: dice que el pase ayudado se da teniendo en la mano derecha espada y muleta... etc., etc.

Y ¡si fuera eso sólo!...

Pero, vaciados en el mismo molde van otros cantores que tiene Belmonte; mas por fortuna, cantores que así desafinan, no abundan en la Prensa profesional, sino en la diaria. Y en la profesional es, precisamente, donde hay que buscar á los especialistas en la materia, los verdaderos competentes; donde existen las fuentes á las que debe acudir el buen aficionado ó el que quiera serlo. Que el carácter enciclopédico que han tomado las hojas diarias; el número de sus secciones, han creado el tipo del periodista moderno que habla de todo, en la mayoría de los casos, sin otro conocimiento que sus propias luces, y porque carecen de medios para sostener una brillante redacción, una redacción completa de escritores especialistas.

En resumen: los apasionados, sobre todo los escritores, descuidan muchas formalidades que hay que cubrir cuando se dirige al público; y muchos belmontistas, como el aludido, no guardan las consideraciones que á aquel se deben. Y mientras no se guarde el respeto debido á la vida privada; mientras no se tema perder el decoro propio; mientras sigan los apasionados descendiendo á cierta clase de pormenores, todos, ellos y los aficionados imparciales, todos, sin excepción, caeremos en el ridículo.

¿Qué gana con ello la fiesta? Lo que el ídolo, que no sacude los zorros en las espaldas de quienes, con nombre de amigos, son más dañosos

que los enemigos que tienen la franqueza de exponer sus convicciones.

Transcribamos aquellas palabras de nuestro inmortal Quevedo que aquí encajan casi tan bien como en la «Vida de Marco Bruto» donde él las coloca:

Bien puede haber puñalada sin lisonja; mas pocas veces hay lisonja sin puñalada.

Pocos tienen á la adulación por arma ofensiva, y menos son los que no la padecen.

Tan desnuda como la verdad andaría por el mundo la mentira, si la lisonja no la vistiera de vivos colores.

Determinarse tarde al remedio del daño, es daño sin remedio. .

LA FONÉTICA EN LOS NOMBRES

Conveniencia de la sonoridad en las palabras. — El pueblo no acepta lo extraño y difícil de emitir. — El apellido Belmonte. — Necesidad de los motes. — Los nombres de los grandes hombres.

Parece que una palabra no cambia el orden de las cosas; y, sin embargo, una palabra sonora, sin consonantes yuxtapuestas, sin ásperos dip-tongos y con el acento prosódico bien colocado, se pronuncia más fácilmente y se retiene mejor en la memoria.

Las ideas, como las personas y como los espectáculos, no adquieren la debida aceptación cuando tienen nombres poco agradables y difíciles de emitir. Y cuando, por el contrario, nos familiarizamos con determinados espectáculos de origen exótico y de raro nombre; como cuando simpatizamos con personas á las que forzosa-mente hemos de citar por el renombre que adquieren ó por la actualidad en que se encuentran, si la palabra es larga, la reducimos, y si es desagradable, la sustituimos por otra.

¿Negarán ustedes que el nombre Pacomio parece algo así como palabra algébrica y que un

Pacomio unido á un Peribáñez nos suena á fórmula química?... ¡Pacomio Peribáñez! ¡Pirofosfato de potasio!...

El pueblo tiene una idea de la belleza y de la sencillez en las ideas, verdaderamente intuitiva y extraordinaria: como el genio, se coloca en un punto de vista desde donde quiere dominar todo; y cuando algo se le presenta laberíntico, lo desecha ó trabaja para que se le muestre simplificado.

El pueblo aceptó de buen grado un espectáculo, cuyo nombre era cinematógrafo. Y como le pareció la palabrita muy complicada y científica en demasía, la redujo á sus primeras sílabas. Hoy, todos decimos y escribimos *cine*, y como todos nos entendemos, *cine* pasará á nuestro léxico, como han pasado otras palabras que el pueblo y con él el tiempo—no la ciencia de los filólogos—, son los grandes constructores del idioma.

Al dinero le llama *pasta*; á la criatura, *crío*; al fracaso, *caída*; á la pupilera, *patrona*; al enamorado, *chalao*; al pedigüeño, *sablista*; á la horrosa, *coco*; á la alcahueta, *tía*; á la voluntad, *querer*; á las legañas..., *perlas*; al mozalbete, *chaval*; á la coqueta, *luna*; al recluta, *sorchi*; á la maritornes, *criada*; al madrileño, *gato*; al sombrero, *tubo*, *bimba*, *jipi*, etc.; al rapabarbas, *barbero*; al comediante, *actor*; al tormento, *amor*; al océano, *mar*; á D. Benito Pérez, Galdós, etcétera, etc.

¿Por qué el poeta cordobés antepuso el apellido materno al paterno? Sencillamente, porque le pareció más sonoro llamarse Luis de Góngora y Argote, que no al revés. ¿Por qué el torero bilbaíno *Cocherito* prefiere llamarse Cástor Ibarra y no Cástor Jaureguibéitia é Ibarra, como es?

Por la misma razón; porque comprendió que los apellidos vascos, poco conocidos y difíciles de pronunciar casi todos, no se prestan á popularizarse. Y entre optar por el paterno, que es largo y no fácil, ó por el otro, que es breve y suena mejor, la elección no era dudosa. Si, como creo, á eso obedeció, hizo perfectísimamente.

¿Por qué el malogrado *Pepete*, el último, hacía-se llamar José Claro, cuando su verdadero nombre era José Gallego? Porque ¡eso de ser sevillano y Gallego...! Y ¡torero y gallego, cuando los hay tan pocos!...

Muchos dicen que no firmarían Lucas ni Matías si esos nombres les hubieran impuesto en la pila. Y no les falta razón; como no se concibe que una mujer hermosa se llame Sebastiana, Robustiana, Baltasara, Facunda, Timotea... ni que ningún poeta las cante. Las inmortalizadas por éstos son Beatriz, Laura, Eloísa, Julia... ¡nombres bellos, graciosos, que parece que subliman la gracia santificante del bautismo!

El apellido Belmonte nada tiene de desagradable en la estética de sus sílabas, ni en la armonía del conjunto. No es extraño, no es desconocido y el que lo lleve, tiene en su ventaja la de ser pronto vulgarizado. Además, y por si lo dicho no fuera bastante, ya saben los lectores que es de procedencia italiana...

No ocurre lo mismo con Lecumberri y con Muñagorri; que, aunque en realidad, no son apellidos que torturan al que los dice, son raros, son nuevos, fuera del territorio vasco, y no es conocida la significación solariega de los mismos. Jamás serán recordados, si no es con trabajo. Parecido á Lecumberri es Legurregui, y ¿quién, sino algún bibliógrafo habla de este antiguo matador,

que fué de los de más renombre en el siglo XVIII?

A *Martincho*, todos llamaban *Martincho* y casi nadie Barcáiztegui: en cambio al gran Montes se le llamaba y sigue llamándosele Montes, y muy pocos *Paquiro*.

En aquél, el mote era más agradable al oído que el apellido, y en éste, al revés. Aquél necesitaba de motes y Montes no. Todos dicen; el arte de Montes, la Tauromaquia de Montes.

Estas razones y otras parecidas fueron las que crearon los motes, los apócopes, las reducciones de los nombres de los artistas que vivieron del trabajo ante el público.

Pero ¡hay algunos tan desacertados por su significación y su extensión!...

Supongamos que un cartel anunciador dice que torearán alternando.

FAÍCO

LITRI

MORENITO DE ALGECIRAS

Y

COCHERITO DE BILBAO

y que los dos primeros darán la alternativa á

CHIQUITO DE BEGOÑA

y á

MORENITO CHICO DE SAN BERNARDO

Los nombres ó motes de los primeros, por constar de pocas letras, aparecerán con grandes

caracteres; mientras que los de los últimos, como son kilométricos, irán impresos en letras de tipo menor, á no ser que los carteles se hicieran apaisados. ¿Tendrán derecho á quejarse, ni á creerse postergados, los que siendo de igual categoría, se viesen anunciados con letras chicas.

Y si enviamos á leer los carteles á uno que no esté muy al corriente de los méritos y de la categoría de los diestros, es muy posible que vuelva diciéndonos que sólo toreaan Faíco y Litri, porque los otros, los anunciados en letras pequeñas, le habrán parecido picadores ó banderilleros...

Tampoco hay razón para que el complemento de muchos alias se escriba con tipo igual que el nombre y el alias. Por ejemplo: no debe escribirse

COCHERITO DE BILBAO

sino

COCHERITO

y debajo, para que no se le confunda con otros de igual renombre, ó entre paréntesis y con letra menor ó corriente, según los casos, el lugar de procedencia:

de Bilbao.

Nadie ha visto que Antonio Fuentes se anunciara

ANTONIO FUENTES DE SEVILLA;

sino como acabamos de indicar:

ANTONIO FUENTES

de Sevilla.

Por una rara casualidad, no porque la constante enunciación de las palabras las vuelva sonoras y fáciles, los que se han distinguido por sus méritos ó virtudes, por su valor ó su ciencia, han tenido nombres ó apellidos fáciles de recordar; lo que prueba (y es curiosa esta casualidad), que los hombres escogidos lo son hasta en los nombres, cuya construcción prosódica nunca es disonante.

Veamos unos ejemplos: Darío, Jerjes, Leónidas, Filipo, Alejandro, Scipión, César, Aníbal, Pompeyo, Gonzalo de Córdoba, Napoleón, etcétera, etc., entre los guerreros.

Homero, Dante, Petrarca, Lope, Cervantes, Calderón, Quevedo, Milton, Goethe, Tasso, Garcilaso, Moreto, Alarcón, Zorrilla, etc., en las letras.

Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Molière, Corneille, Racine, Moratín, en el teatro.

Sócrates, Aristóteles, Platón, Agustín, Tomás de Aquino, Balmes, Spencer, Hégel, etc., en la filosofía.

Demóstenes, Cicerón, Bossuet, Massillón, Castelar, en la oratoria.

Apeles, Rafael, Leonardo, Velázquez, Goya, Murillo, Rembrandt, en la pintura.

Beethoven, Verdi, Mozart, Wagner, Mendelssohn, Bellini, Donizetti, Barbieri, Chapí, en la música.

Colón, Hernán Cortés, Pizarro, Balboa, Elcano, Legazpi, Euclides, Descartes, Pitágoras, Pascal, Newton, Watt, Linneo, Buffón, Galileo y

otros mil que transmitieron á la posteridad su nombre inmortal.

También son sonoros y se recuerdan sin esfuerzo, los nombres de los personajes bíblicos, los de los grandes historiadores y literatos, artistas, inventores, cantantes, etc., etc.

Los de muchas ciudades antiguas, batallas y lugares históricos, como Nínive, Alejandría, Damasco, Babilonia, Belén, Meca, Thebas, Esparta, Atenas, Roma, Pompeya, Cartago, Sagunto, Numancia, Jerusalén, Pentápolis, Termópilas, Maratón, Platea, Farsalia, Guadalete, Lepanto, Bailén, Waterlloo...

No hay para qué citar nombres ó motes de los principales toreros antiguos, modernos y contemporáneos, porque son conocidísimos.

En cambio, ustedes dirán en qué lugar de la historia están

Antoñeja, Bolero, Cangrega, Capón, Carcele-rito, Cerote, Clavel, Colilla, Comearroz, Colchon-tillo, Chocolatera, Chispa, Fatigas, Garbancero, Hurón, Juaneca, Liebre, Loquillo, Lunitas, Maligno, Mameluco, Mamón, Manitas, Mazapán, Migas, Mirlo, Moños, Mosquita, Muselina, Ojo-gordo, Oruga, Palique, Potaje, Potrilla, Rata, Ratón, Riñones, Tabardillo, Terrible, Vieja, Vinagre, Verdugo y Zaragata; Pollo Rubio, Pollo de Málaga, Paco de Oro, Cabeza de Dios, Chato de Tarragona, Pulga de Triana, Niño del Guarda, Zapaterillo de Deva, Niño de Morón, Torero de San Lorenzo, Chico de la Camila, Romerito de La Línea, Chico de Pardiñas, Algabeñito de la Rioja, Canela de Córdoba, Serranito de Córdoba, Segurita de Valencia, Fabrilito de Jaén, Morenito de Cuenca, etc., etc.

LA SUGESTIÓN

En busca del éxito. — Psicología del hombre vencedor. — *Lagartijo, Frascuelo, Mazzantini, Guerrita.* — Dominados y dominadores. — Caracteres de raza.

En otra obra que estamos preparando, trazaremos, científicamente, la línea de conducta que debe seguirse para alcanzar el éxito en todas las manifestaciones de la vida.

Y como no hay nadie sin aspiraciones, sin anhelos, podemos asegurar que el libro será para todos.

¡Comprended con cuánta ansiedad buscarán ese camino los que en vano intentaron ver realizados sus afanes de gloria ó de dominio; de amor, con el ansia febril de la posesión ó con el noble de legitimar la unión; de prosperidades, de negocios!...

Modesto ó grande, todo hombre ha su sueño; y por verlo conseguido, pone en actividad sus facultades; rómpese las manos en lucha diaria; desciende á vilezas y sofoca en su corazón impulsos generosos: hácese esclavo ó se vuelve tirano; maltrata ó acaricia; hiere ó besa...

¿Qué camino debe seguir el hombre para lograr

sus anhelos? ¿El que esté sembrado de víctimas y de delitos? No; para llegar al logro de sus ambiciones, no es necesario que el hombre se manche las manos de sangre, ni que su corazón se corrompa. Hay medios lícitos y morales.

Esto implica una psicología y un arte; esto hace necesario una guía que, por la extensión del asunto y por la naturaleza de este libro, tiene que ser tratado aparte.

Cualquiera que sea nuestro deseo, uno sólo es el camino; uno el punto de partida y la base del éxito. ¿Cuál? ¿La ganzúa del ladrón?...

Hay en el templo de la Gloria una diosa que representa el fenómeno de la vida humana: una diosa que mueve los hilos de la gran comedia.

Por lo que á nuestro asunto, ó al asunto del libro se refiere, debemos estudiar, aunque brevemente, á los hombres que tuvieron acierto en lo que se propusieron.

Para ello nos basta fijarnos en lo que interior y exteriormente caracterizaba á esos hombres: es decir, haremos un estudio físico y otro psicológico de los toreros que poseían la fuerza misteriosa que los elevaba sobre sus iguales.

Examinad las fotografías de *Lagartijo*, y recordad los gestos que le atribuyen sus biógrafos. La mirada es firme, autoritaria, sin indecisiones; en ella se lee al hombre que á los once años figuraba ya en los carteles; al hombre enérgico que, contra todas las oposiciones, buscó y obtuvo puesto en el cartel de Madrid, sin que ninguno de los que andando el tiempo había de mendigar un hueco en su cuadrilla, le cediera su lugar; al

hombre que sostuvo tantos años la lucha con los toros, sin que el tiempo ni la fatiga le hicieran decaer un momento.

En la cara de *Frascuero* se lee la voluntad de hierro que le caracterizaba.

Tanto aquél como éste parecía que se habían empeñado en ser los amos.

En la cara de *Frascuero* se lee aquella su afirmación:

— Mira, no le des vueltas; los mejores, yo y tú...

Y en la de *Lagartijo*:

— Figúrate si será bueno *Frascuero*, cuando le acompañan conmigo...

En la cara de *Guerrita* se ve al hombre de más grande fuerza de voluntad. Esta convicción, base de toda su fama, era y es inmensa, absoluta, y tenía el poder de irradiarse á los que le rodeaban.

Parece que dice:

— Después de mí, naide...

— Qué malos séis tóos...

«Su padre padecía del estómago y se acostaba temprano. Apenas dormido, su hijo se le acercaba, como para besarle, y con mucho donaire y sigilo le quitaba de debajo de la almohada la llave del Matadero. Inmediatamente él y otros tres muchachos que asimismo fueron más tarde lidiadores notables y se llamaron *Torerito*, *Manene* y *Mogino*, penetraban cautelosamente en el edificio para ejercitarse capoteando alguno de los becerros que debían ser sacrificados al día siguiente. Este aprendizaje lo realizaban en medio del mayor silencio y alumbrándose con velas, y hasta con cerillas, en las espesísimas tinieblas del corralón.

Guerra, habitualmente, permanecía pasivo; el

chico no toreaba; al chico no le gustaban los toros, y si estaba allí era por complacer á sus amigos. Hasta que en una ocasión, y sin que él hiciera nada para merecer semejante embestida, el novillejo le acometió y derribó al suelo. Rafaelito se levantó furioso, y como sus camaradas celebrasen con risas el percance, él les juró que torearía mejor que ellos, y que no había de nacer toro que volviese á revolcarle» (1).

Los hombres, en presencia de *Guerrita* se sienten dominados; nadie se atreve á exponer sus ideas y menos á rebatirle: nadie se mueve, nadie chista.

Recuérdanos á Napoleón, en cuya presencia los oficiales, los ministros, los hombres de Estado, como delante del sacerdote, no dialogaban, sino que asistían á una conferencia.

Lo mismo podemos decir de Mazzantini; quizás algo más: pero la figura de este lidiador, no estudiada ni comprendida aún, debe ser analizada más despacio y con mayor extensión de la que aquí podemos concederle.

Una especulación financiera, una batalla, una empresa de cualquier índole, no basta que sean buenas para ser resueltas con éxito: es necesario que la convicción se extienda á todos; es necesario que los hombres que rodean al dominador se sientan como envueltos en una atmósfera que les arranque de su indiferencia. Es tanta la atención de los que trabajan ó rodean al dominador, al vencedor, que parece que todos tienden á una sola dirección: la que aquél marca.

Este fenómeno se llama sugestión y constituye el arte del éxito. Podíamos decir que el arte del

(1) Eduardo Zamacois, *Los Contemporáneos*, núm. 334.

éxito es el arte de sugestionar, ó que el éxito es la sugestión aplicada.

La sugestión es la base de los imperios, de las religiones, de los partidos; es el elemento de cuyo poder depende la fortuna del individuo.

Puede decirse que la humanidad está formada de sugestionadores y sugestionados: unos dominan y otros son dominados, formando así la infinita gradación social.

¿Belmonte sugestiona?

Si la multitud permaneciese indiferente ante él, carecería de ese poder: pero la multitud se le entrega y se le somete, precisamente porque interesa, porque monopoliza la atención.

Un general, privado del poder sugestivo, jamás vencerá en las batallas: sus soldados no le seguirán. Un poeta que no sepa transmitir sensaciones; de cuyos versos no emane algo sugestivo, será tomado por loco ó por idiota.

Todos los hombres son aptos para la sugestión; pero no todos poseen el mismo grado de intensidad. Y en esta diferencia de grados estriba precisamente la diversidad de caracteres humanos.

Ser más ó menos sugestionable es ser en un grado más que en otro. Esa es la causa del valor personal.

Tissié divide los caracteres en tres categorías, que si son aplicables á todos, mejor encaja en el público de los toros y en los que llamamos aficionados.

Autómatas, son aquellos que obedecen pasivamente y sin oponerse al *yo quiero* del dominador.

Son éstos los modelos de los ciegamente disciplinados.

Sensibles, aquellos de quienes se obtiene la obediencia dirigiéndose á sus sentimientos, y particularmente á sus afectos.

Y *activos*, los que tienen voluntad propia, determinada personalidad, y sobre los cuales no se puede proceder directamente, sino por contradicción.

Esta última categoría la juzgamos equivocada. Creemos que los que son capaces de sugestión por espíritu de contradicción pueden tener voluntad firmísima, en cuyo caso no da resultados el sistema; ó pueden no tenerla, y recurrir al pretexto de hacer lo contrario de cuanto se intentaba sugerirles.

El espíritu de contradicción está muy desarrollado en los nerviosos: á éstos se les hace aptos de sugestión con solo obligarles á que presten atención. Únicamente á los histéricos se puede suggestionar por aquel medio.

La multitud, una aglomeración de individuos de diversas nacionalidades ó de regiones distintas de una nación; de profesiones varias y de ambos sexos, ofrece un curioso estudio psicológico. Puede tener y tiene siempre un carácter diferente del que tienen los individuos que la componen. La personalidad consciente desaparece y los sentimientos y las ideas de la multitud se orientan en una misma dirección. Se forma un alma colectiva, transitoria sin duda, pero que presenta caracteres precisos.

El individuo, cuando forma parte de la multitud, se halla en un estado particular que se aproxima al estado de fascinación en el que se pone el hipnotizado en manos del hipnotizador, que

pierde la personalidad consciente, y pierde voluntad y discernimiento. Aquél, tampoco es muy consciente de sus actos: se incapacita para razonar con lógica, tiende siempre á traducir en actos la sugestión y es terreno abonado para el contagio psíquico.

Tiene que vencer una dificultad grandísima el artista que realiza sus obras ante el público.

El redondel es el estudio donde el torero trabaja; y es un estudio especial en el que no puede reservarse las producciones indignas de su fama, las desdibujadas, las que no le satisfacen. El torero no puede guardar, como puede guardarlas, destrozarlas ó modificarlas otro artista cualquiera cuando las obras no le conviene exhibirlas.

El público no quita la vista de lo que ante él se está ejecutando, y sigue con verdadera avidez cuanto sin previo ensayo practica el torero: no pierde el menor detalle, ni dispensa el más pequeño desliz. El torero no puede enmendar lo mal hecho, y todo, bueno y malo, cuanto realiza, expone al juicio de un público, las más de las veces ignorante y muy impresionable, que se congregó para *divertirse* vociferando, para dirigir cargos muchas veces infundados, y ebrio, si no de alcohol, del entusiasmo loco que en las Plazas se advierte, y que contagia.

El torero, para no exponerse á perder la fama, debe poseer entre las cualidades que le hemos señalado, la inspiración (1) No esa luz vivísima aplicada al mundo de la ciencia, que brota de improviso, no; sino la verdadera y oportuna aplicación de los conocimientos adquiridos. Saber

(1) Véase pág. 67.

qué ha de hacerse en todos y en cada uno de los momentos que dure la lidia; no absorberse en meditaciones, ni perder tiempo examinando lo que debe ó no debe hacerse.

Esta condición, que hizo famosos á *Cúchares*, á *Lagartijo* y á *Guerrita*, no es muy común: exige la existencia de una poderosa fuerza de voluntad y una serenidad de ánimo verdaderamente maravillosas.

Si en las ciencias y en las artes es menester elegir con tino la profesión que nos disponemos á ejercer, por igual razón ha de serlo aquí también; conviniendo que, una vez escogida, despleguemos toda nuestra actividad. De lo contrario, serían incalculables los perjuicios para el arte, para la afición y para el interesado.

Mas como no todas las inteligencias están igualmente desarrolladas, preciso es reconocer que se puede ser un buen torero sin ser un coloso; ya que los que no se encuentran hábiles, fuertes, para acometer osadas empresas, deben conformarse con seguir el camino trazado por los que están ó estuvieron dotados de tan felices disposiciones.

No quiere decir esto que hayan de ser tan rutinarios que no puedan desenvolverse con entera independencia; lo que sería caer en el más deplorable error y condenarse á un servilismo odioso.

Los recursos que en la práctica se adquieren, enseñan que sin separarnos de los preceptos señalados se pueden realizar las suertes dándolas un sello característico, que no es obstáculo para la ejecución exacta de lo que se pretende.

Sin embargo, puede un hombre dotado de la inspiración necesaria verse cohibido por razones de raza, temperamento, etc., de desarrollar sus

facultades. Tal sucede, por ejemplo, con los toreros vascos: hombres de indomable corazón, ágiles y vigorosos como nacidos para luchar con la más noble y más brava fiera, pero con una condición tan especial que no es sino obstáculo grande para adquirir celebridad en este mundo donde la verdad, por desnuda, tuvo que huir y la justicia no halló acomodo.

¡Y pensar que aquel áspero rincón, aquella región abrupta que tiene al frente las insondables ondas del Cantábrico y á las espaldas la barrera pirenaica, ha venido dando desde el siglo XVIII muchos varones que en la lidia pudieron dar ciento y raya á los mejores!

Unos, en su mayor parte, rústicos, no imitan la escuela de Ronda, prefiriendo en sus precipitaciones ó en su afán de aprenderlo todo, torear embarullados; fijándose principalmente en que los cuernos de los toros les pasen rozando, más que en la elegancia y precisión que deben de tener las suertes.

Así fué *Martincho* y así fueron y son en general los toreros vascos. La base de su toreo, igual que la de su carácter, era y es el valor frío, sereno, que les lleva á intentar cosas absurdas: y aun aquellos que como el infortunado *Recajo* y el *Chico de Begoña* llegaron á poseer los secretos de la lidia, pasan no como artistas que son, sino como diestros á los que distingue del resto un valor imponderable.

No buscan á nadie; hay que buscarles. Son cortos y parecen secos, orgullosos... ¡Cuán distinta sería la suerte de los hijos de aquella región encantadora si no tuviesen esas condiciones á las que no es fácil tarea buscar remedio!

NO MORIRÁ EN LOS TOROS

El público de los toros no quiere sangre.—Acto de humanidad del pueblo madrileño.—La fiesta es de valientes.—En qué estriba el interés de las corridas.—Justificación de algunos actos de indignación del público.—No todas las culpas son del espectador.—Acción ofensiva y defensiva de toros.—A qué obedecen las cogidas.—Belmonte torea con menos riesgo que otros.

¿Quién dice que el público va á la Plaza sediento de sangre, y que una alegría poco cristiana suele notarse en los semblantes de cuantos allí se congregan?

Mentiras son y exageraciones de los enemigos de la fiesta, cuya supresión piden porque sí, por envidia quizás, al ver cómo un público entusiasmado encumbra á su ídolo y hace rico al vencedor.

El acto que el público madrileño realizó en la Plaza de la carretera de Aragón en la tarde del 12 de Julio último, prohibiendo que tocara la música, y luego, al enterarse del fatal percance (1),

(1) Muerte del novillero mexicano Miguel Freg.

suplicando al presidente que suspendiera ó, mejor dicho, que diera por terminada la corrida, es realmente humano, y más humano, más sentido es el acto que realizó la afición, que en apretada p ña acudió á rendir el último homenaje al pobre torero víctima de sus aficiones.

¡Ah! ¿Quién creería que un acto de esa naturaleza pudiese servir de pretexto á los enemigos para sacar á colación los textos de los viejos detractores, y que un buen aficionado y muy culto escritor, el Sr. Moya de Arpí, tuviese que salir en defensa del pueblo de Madrid, del que dice que en punto á cariños y sentimientos no tiene rival en el mundo, y en defensa de la fiesta taurina, de la que dice que hay que admitirla con todas sus consecuencias?

«Porque si nosotros — añade el indicado escritor — somos los primeros que sentimos amargamente los percances y realizamos este acto verdaderamente humano, damos con ello ocasión, pretexto y motivo para que los vocingleros, los que creen que la perdición de España tiene por causa única la fiesta de los toros, y no la detestable dirección de los malos gobernantes, prosigan con más ahinco su tarea destructora hasta conseguir que queden abolidas las corridas de toros; que, dicho sea de paso, tienen más entusiastas defensores cada día.»

Sí; los enemigos pierden el tiempo lastimosamente, y, digan lo que quieran, ese acto del público madrileño y otros de su clase, lejos de redundar en perjuicio de la fiesta, vienen en su defensa, como todos deben reconocer, y á la que despojan de ese carácter cruel con que la pintan los que no la estudian.

Es indudable que así como hay inteligentes que

no se dejan seducir por apasionamientos ridículos; que no tragan como bueno ó lícito lo que officiosas plumas enaltecen ó lo que miras egoístas de los empresarios bombean, también hay fanáticos que concurren á la fiesta por hábito; como hay indiferentes que van porque ven ir á otros; como hay curiosos que sólo van á entretenerse, y como hay incultos que desean recibir impresiones fuertes...

Pero todos, aficionados y curiosos, indiferentes y fanáticos; todos buscan en el espectáculo de los toros algo que emocione, algo que interese; no muertes ni catástrofes; que á nadie considero tan miserable que goce con esa clase de espectáculos. Nadie va, ni ha ido á los toros, á ver hecho pedazos á un lidiador; todos vamos á admirar la gracia, la habilidad y la valentía con que el lidiador vence á la fiera más brava de la creación. Todos queremos ver cómo el peligro es salvado; porque sin peligro no hay emoción ni hay fiesta.

La fiesta es de valientes, aunque otra cosa parezca á sus sistemáticos enemigos, y el valiente no es cruel ni implacable, sino generoso y clemente.

El hombre que lidia con bestia brava por probar su fuerza, dice el Rey Sabio, ha de ser tenido por hombre valiente y esforzado: Cervantes añade que no está mal visto un caballero que sale á lancear un toro, y Rojas, en la mejor de sus obras:

... Es un hombre bien dispuesto,
que continuo se ejercita
en la caza, y tan valiente
que vence á un toro en la lidia.

El hombre que sale á burlar y vencer á los toros, no va desprovisto de medios de defensa, como el loco ó el temerario; va más bien á demostrar su arrojo y su habilidad venciendo con la superioridad de su razón la fuerza del bruto.

Y el hombre que acude á ver lidiar, va á ver cómo los hombres resueltos y de valor, sin intimidarse por las dificultades, las vencen con éxito.

El espectador quiere que el peligro exista; quiere ver el peligro, quiere ver cómo lo salvan: no quiere ver caído ni vencido al lidiador; lo quiere ver en lucha, porque sin lucha, sin combate, la lidia sería fácil, y él sabe que no es fácil. Por eso aplaude y celebra más al que se arroja al peligro y trabaja para vencerlo, que al que, poseedor de todos los secretos de la lidia, vence sin lucha aparente, *in exposición.

Supongamos que un hombre débil, acobardado, trata de esquivar el peligro huyendo. El público, que se cree burlado, le increpa y le amenaza: pero, fuese porque él se arrojó al peligro ó porque éste se le acercó, el toro le engancha y le voltea. En ese momento, nadie se acuerda de molestarle; las voces cesan y hasta el corazón parece que deja de latir... Llevan al vencido á la enfermería; pero á poco, repuesto del susto, porque el toro no le ha herido, vuelve á la arena. ¿Qué hace entonces el público? Le aclama y le felicita por haber escapado ileso. Esto nadie me lo puede negar.

Pues si así procede el público con el engañado que se lanzó á una profesión para la que no vale, con el que le estafó el dinero de la entrada y mereció en justicia cuantos reproches le echaron en cara, ¿cómo ha de desear el mal de ningún otro lidiador, si todos, mejor ó peor, tienen acredita-

do su valor y su inteligencia; si todos, en mayor ó menor cantidad, tienen sus entusiastas, sus partidarios, sus admiradores?

Hubo casos, muy pocos, afortunadamente, en que se injurió y se maltrató al caído; pero esos casos no obedecieron á cobardía del público que se ensañaba con el fracasado, sino á otras razones, que, sino justifican los hechos, por lo menos los disculpan...

Recordemos el caso de Ricardo Torres:

Era en Madrid y en 17 de Mayo de 1912. Por motivos que no nos interesan, Ricardo estaba alejado de la primera Plaza, en la que no trabajaba hacía tres temporadas. Su labor en aquella tarde fué desdichadísima; y si estuvo desafortunado en el primero y en el quinto que le correspondieron, peor quedó aún en el sexto, con el que, por haber resultado herido Vicente Pastor, tuvo que entenderse; y en una de las muchas veces que salió de mala manera de la cara del miureño, se le rompió el tendón de Aquiles izquierdo, y cuando era conducido á la enfermería, se le insultó y se le agredió.

«La fatalidad hizo que la lesión viniera con toda la desgracia posible; pues que no fué en un momento de esos en que la gallardía del torero se lleva el entusiasmo de las masas, y en que al ser retirado por quedar fuera de combate, le acompaña el trueno del aplauso de la multitud; no. Fué en uno de esos momentos desgraciados, en una faena de fracaso más que de éxito, en una corrida en la que las cosas salieron mal, y precisamente en el instante en que mayor era la indignación del público» (1).

(1) Dulzuras, *Toros y Toreros en 1912*.

Como no es cosa nueva que el miedo ó el temor al fracaso inventen artificios para huir de la quema, ¿quién no pensó entonces que *Bombita* buscaba una excusa para escaparse?

Todos sabíamos que era valiente y pundonoso; que las heridas que sufrió en la profesión, no le hicieron perder afición y bríos; pero también sabíamos todos lo que en su ánimo podía influir el fracaso y la retirada del toro vivo al corral; y como no se le vió cogido, nadie sospechó la verdad; ni aún después se la quiso dar crédito.

Además, ya hemos dicho que estuvo mucho tiempo ausente de Madrid, y bueno es recordar que durante ese *recésit* se exageró mucho el valor, muy relativo, del diestro: que se abusó de mentiras cada vez que trabajaba en provincias y en el extranjero; que tanto y tanto bombo; las diarias fotografías; las coplas que se oían en todas partes; las interviús con el *Duende de la Colegiata*; sus amores, sus conquistas... hizo creer al público de la Corte que *Bombita* era poco menos que un torero sobrenatural, y cuando se vió que seguía tan *Bombita* como antes, vino la desilusión, vino la hecatombe.

Algo parecido ocurrió después con el *Gallo*.

Tiene probado este torero que sabe y que puede; que es un artista inimitable; pero como desciende muchas veces hasta igualarse con el más malo ó más desgraciado, y como más de una vez se ha negado á continuar lidiando, sin que justificara el por qué, ¿tiene algo de particular que las masas lleguen á agredirle cuando se creen molestadas? No y no. Mal está lo mal hecho; pero sí vuelve loco al concurso cuando triunfa, y loco le vuelve también cuando se convierte en un novillero ignorante, medroso y sin pundonor, ¿de

quién sino de él es la culpa de que quien le pal-motea con indecible júbilo, le increpe luego y hasta le acometa?

Sabemos que el público, y más el de los toros, tiene algo de niño: que tan fácilmente como si-gue, deja, y que en lugar de acompañar, confun-de; y—hemos aprendido en nuestro gran satíri-co—, que se alborota como el mar con un soplo y que sólo ahoga á los que se fían de él (1). Pero ya hemos probado que no todas las culpas son del público. Y así como es necio afirmar que hay quien va á la Plaza cuando presiente desgra-cias, y que se llena la Plaza cuando se anuncian toros de cierta procedencia, sólo por darse el gustazo de ver á un hombre colgado de un pitón, también es necio afirmar que nada que sea de valor real puede llevarse á cabo sin un trabajo valeroso.

El público quiere al torero resuelto; al que sin reparar en inconvenientes, acomete y soluciona las dificultades: el público quiere al torero con verdaderos toros, y si son difíciles, mejor: que en las dificultades es donde se pone á prueba el va-ler. El marino logra su mejor práctica en medio de las tormentas y tempestades; y si el nauta de nuestra costa septentrional no tiene rival en el mundo, no es porque haya *capeado* siempre tori-tos de mazapán, sino porque se perfeccionó en el rabioso Cantábrico, cuya salvaje melodía y cuyos días obscurecidos por la densa cerrazón, le

(1) Le caratteristiche della folla sono: mancanza di fa-coltà critica, incapacità a seguire un ragionamento logico, tendenza al sogno ed all'irreale, bisogno di fede, tendenza ad accettare le immagini piú che le idee, bisogno di sentirse dominata, dedizione assoluta al dominatore... — *Ellick Morn.*

amaestraron y le disciplinaron para la lucha con el insaciable elemento.

Los toros de Miura son difíciles de lidiar; no porque sean más duros de patas que otros, ni porque salgan con intenciones que otros no llevan; no. Son difíciles, mejor dicho son raros, son únicos en su clase: tienen una configuración distinta en la cabeza, y su curiosa fisiología, que aún no ha sido estudiada convenientemente, les hace pelear como no pelean otros; y como los encargados de lidiarlos no se explican esta diferencia que ofrecen, y los quieren jugar como á todos, de ahí que las dificultades aumenten y que duden en la manera de ejecutar las suertes.

No insisto en este punto que, por su extensión y por su novedad, tiene que ser tratado en sitio aparte. Pero, repito, que como el que paga quiere presenciar algo que merezca la pena, y como con los miureños hay que sudar para ganar, siempre tendrán aceptación los toros que, como éstos, obligan á desarrollar á los toreros su inteligencia, sus facultades y su valor.

Algo conviene decir aquí con respecto á la acción ofensiva y defensiva de los toros y á las cogidas de los diestros encargados de lidiarlos.

El desgraciado *Pepeillo* dice á este propósito en su obra:

«... parten precipitados á coger el objeto que se les presentan; y como que las armas que esgrimen las llevan en la cabeza, quando quieren ofender la humillan, tirando una cabezada, la que repiten si se quedan con el objeto.

»... con este fundamento, se descubre la seguridad de las Suertes: porque si el toro para ofender corre al objeto con precipitación, y le tira una

cabezada para cogerlo, ¿qué cosa más natural y cierta para burlarle, que reducirlo al mismo objeto, y luego que llegue, quitárselo de delante? Este es el constitutivo esencial de la Suerte, y principio elemental con que se forman todas las que se conocen.»

Y por lo que respecta á la acción defensiva, dice:

«No obstante, que los toros son de naturaleza fiera, comunmente se asombran de los objetos, y temen al castigo; y de esto nace que usen de la acción defensiva, que consiste en hurtar el cuerpo á los objetos que se les aproxima, y en taparse, levantando la cabeza, para que no se les descubra el cerviguillo. Lo primero se ve en la Suerte de Vanderillas, quando al tiempo que el Diestro va á meter los brazos, ó los cita para la humillación, se salen de la Suerte, y lo segundo, quando al tiempo de ambos actos levantan la cabeza y desarman las Vanderillas con derrote por alto.»

«... es imposible que el Toro coja al Diestro como éste aplique las reglas oportunamente.»

Teniendo eso presente y haciendo excepción de los casos fortuitos, las cogidas obedecen al desconocimiento de las suertes y del toro con que deben ejecutarse, ó á su incumplimiento. Unas veces por ser el diestro el que se adelanta ó se retrasa; otras veces, porque se realizan **atravesadas** ó **encontradas**, y no pocas, por distraer á los toros con objetos que les hacen embestir con desproporción.

El que con ignorancia de las suertes se dispone á ejecutarlas, no debe extrañarse de la cogida; porque no hay arte que se practique bien sin el conocimiento de sus principios. Y el mérito de

las suertes, más que en su ejecución, debe apreciar el inteligente en la colocación de las figuras, que ella basta para acreditar ó desacreditar al diestro.

De esta colocación, y por lo tanto, de la mayor ó menor distancia á que se practiquen, dependerá casi siempre, la importancia de la cogida: si el toro acomete de lejos y con gran velocidad, la *fuerza viva* que desarrolla, será mayor que cuando embiste desde poca distancia y con menor impulso.

Participará de esta ventaja en los embroques el diestro que cite en la rectitud y que posea serenidad para *verlos llegar*; pues aun en el caso de que el toro pise el terreno del lidiador, cabe hacer un quiebro de cuerpo al tiempo de derrotar el toro.

Los embroques de largo ¿podrá padecer Belmonte? Toreando, no: porque torea cerca. Luego las cogidas que pueda sufrir no es probable que sean tan importantes como cuando se llama al toro de lejos.

Según esto, podemos asegurar que Belmonte, si otras causas no se lo impiden, podrá ejercer su profesión con menos exposición que otros; precisamente, porque, al arrimarse á los toros, corre menos riesgo de recibir grandes cornadas ó palotazos grandes.

¡Quiera Dios que no nos equivoquemos!

INDICE

	Páginas
DEDICATORIA	5

POR QUÉ GUSTA BELMONTE

Belmonte inicia una nueva época. — El aficionado se pone al lado del innovador. — Lo que hace Belmonte y lo que obliga á hacer. — ¿Reune Belmonte las condiciones exigidas por Montes el lidiador? — Las suertes parando y las suertes andando	7
------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	---

LOS VIEJOS SON DETRACTORES

Papeles ridículos. — Seriedad mal entendida. — La música en los toros. — Las orejas. — Importancia de la Plaza madrileña. — Evolución del toreo.....	13
------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	----

POR QUÉ ES ESTÉRIL EL AMOR Á LO VIEJO

Belmonte no es imitador. — La regeneración era indispensable. — Interés creciente de la fiesta. — La fiesta era antes monótona y aburrida. — El toreo es	
----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	--

arte.—Por qué los toreros jóvenes arrinconan a los viejos.— Belmonte es torero de emoción.— <i>Paquiro, Chiclanero, Cayetano y Cúchares</i> , resucitados.....	23
----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	----

LA FIGURA DE BELMONTE

Las cualidades físicas como medio estético.— No siempre corresponden al genio.— La figura de Belmonte no daña a su fama.— La pobreza de sus facultades agranda el mérito de cuanto ejecuta.— Belmonte es artista.— Belmonte es único.....	31
-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	----

LA GRACIA EN EL TORERO

Gracia y dignidad.— ¡Todos aficionados! — El trato social en el torero.— A lo que conducen manifestaciones extrañas á la profesión.....	7
-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	---

EL SECRETO DE BELMONTE

Desigualdades del toreo de Belmonte.— Indignaciones y entusiasmos.— Al hombre no satisface la victoria.— El torero victorioso nos cansa.— Por qué se retiró Guerrita.— El torero debe ser discutido..	45
-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	----

¿REGENERACIÓN?

Necesidad de moralizar el espectáculo.— El «Trust de la veracidad Taurina». — Críticos y eruditos.—Cuál es la misión de la crítica	53
------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	----

¿SE TOREA HOY MEJOR QUE ANTIGUAMENTE?

Páginas

Establecimiento de las cuadrillas. — El progreso en bien de la sociedad. — Imperfecciones de la fiesta. Deficiencias que se observan en la suerte de vara. Lo que se ha progresado en el segundo tercio. — Cómo debe ser el torero moderno. — Pruebas de la existencia del arte de lidiar toros. — Necesidad del conocimiento previo de las leyes á que se ajusta. — El público de los toros. — El último tercio. — El empleo de la muleta no llenaba el objeto apetecido. — Hoy predomina el arte. -- Maneras de estoquear. — Diferencias que caracterizan las suertes de recibir y del volapié. — Disposiciones del Papado sobre la celebración de las fiestas de toros..... 59

NECESIDAD DE LA DIVERSIÓN

¿Conviene su mantenimiento ó su extinción? — Las prohibiciones del Papado fueron muy justas. — El toreo nació cuando decayeron los autos de fe. — El toreo no existiría si no rindiésemos culto al valor personal. — Estética del toreo. — Vitalidad del pueblo español..... 77

¿EN QUÉ CONSISTE EL VALOR?

Serenidad, confianza, conocimiento de la materia. — Quiénes desprecian á la muerte — La valentía de Machaquito. — La ignorancia disfrazando al valor. 85

LOS BELMONTISTAS NO SON AFICIONADOS

El aficionado debe ser independiente. — Los que adoran ídolos son los más temibles enemigos de la fies-

- ta y de los ídolos. — El diestro innovador puede vivir sin defensores. — Belmonte no tiene enemigos. 93

LOS APASIONAMIENTOS SON RIDÍCULOS

- Los apasionamientos estorban el natural desarrollo del arte. — No tienen justificación. — El papel que representan ciertos intrusos — Carácter enciclopédico de los periódicos diarios. — Dónde están las verdaderas fuentes de doctrina. — Adulación y lisonja..... 97

LA FONÉTICA EN LOS NOMBRES

- Conveniencia de la sonoridad en las palabras. — El pueblo no acepta lo extraño y difícil de emitir. — El apellido Belmonte. — Necesidad de los mote. — Los nombres de los grandes hombres..... 105

LA SUGESTIÓN

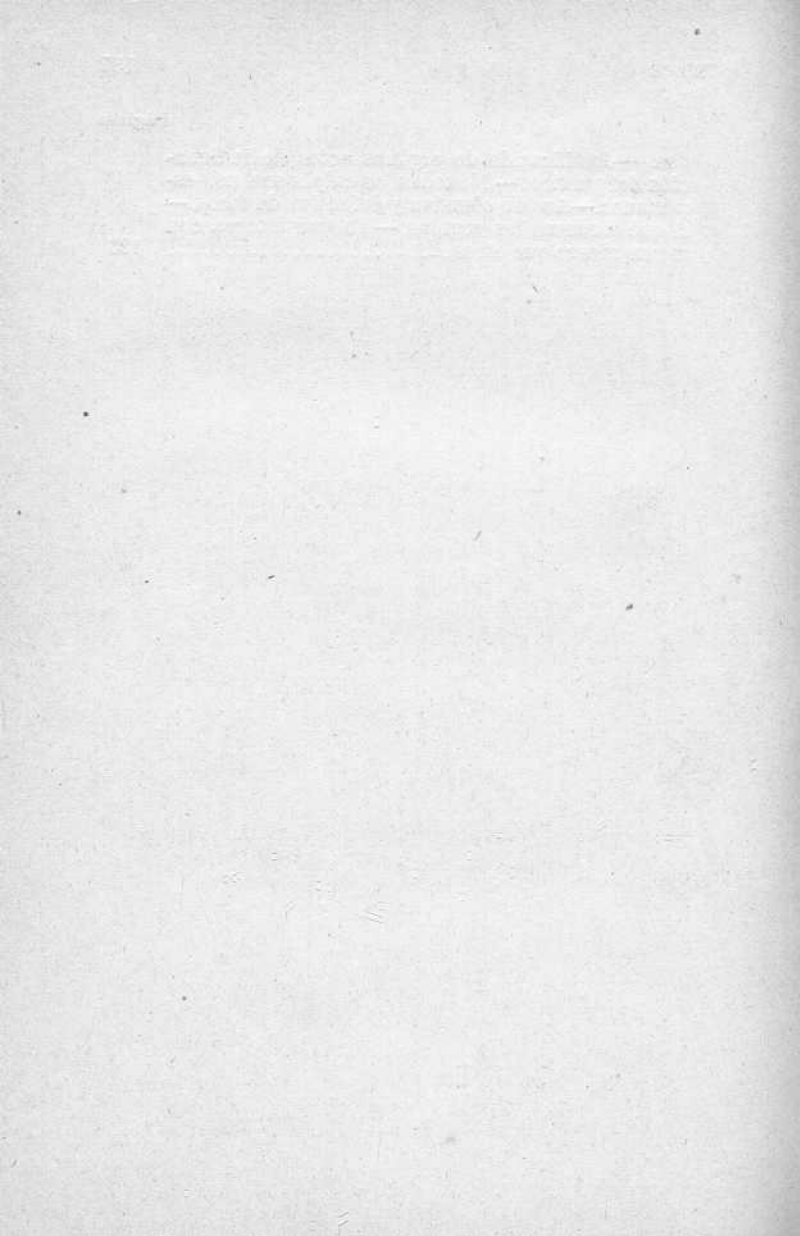
- En busca del éxito. — Psicología del hombre vencedor. — *Lagartijo, Frascuelo, Mazzantini, Guerrita*. — Dominados y dominadores. — Caracteres de raza..... 113

NO MORIRÁ EN LOS TOROS

- El público de los toros no quiere sangre. — Acto de humanidad del pueblo madrileño. — La fiesta es de valientes. — En qué estriba el interés de las corri-

Páginas

das. — Justificación de algunos actos de indignación del público. — No todas las culpas son del espectador. — Acción ofensiva y defensiva de toros. — A qué obedecen las cogidas. — Belmonte torea con menos riesgo que otros	123
-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN LA IMPRENTA ARTÍSTICA,
CALLE DE MONSERRAT, NÚM. 7,
EL DÍA XVII DE JUNIO
DE MCMXV

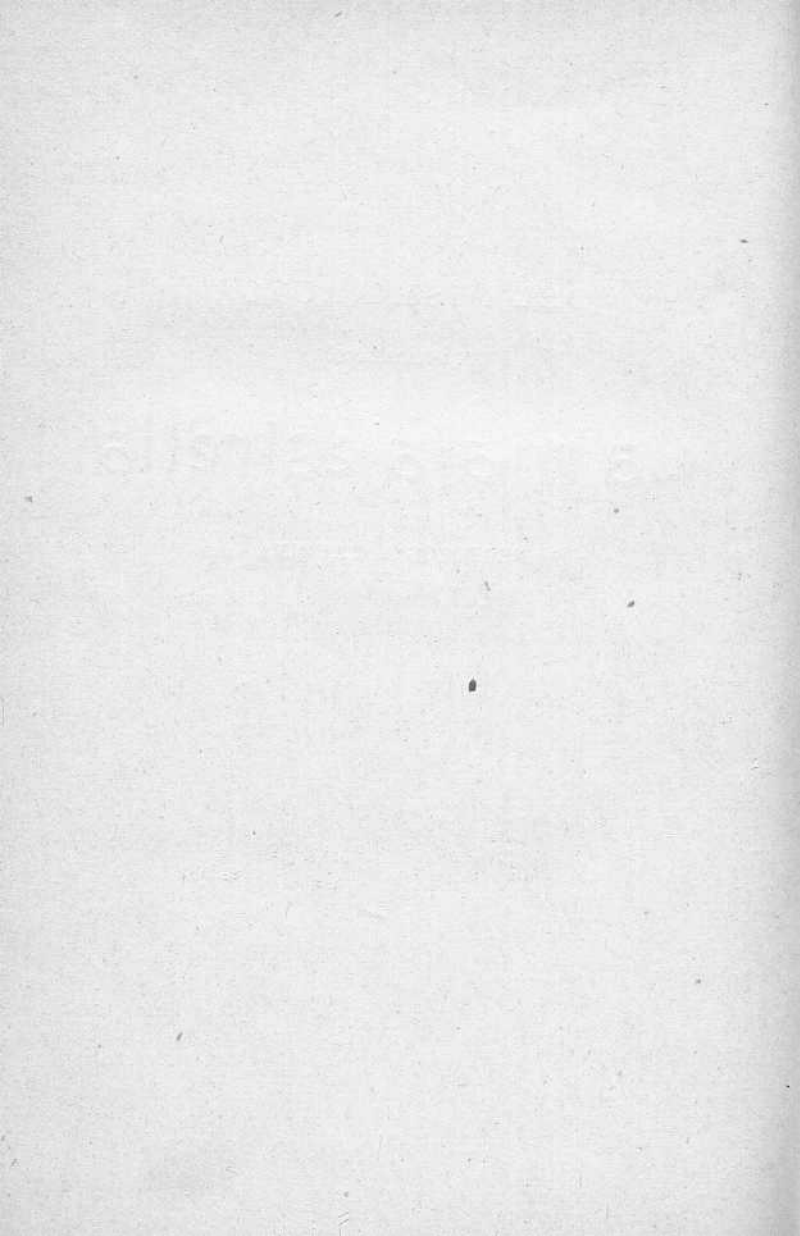
THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
U.S.A.

DEL MISMO AUTOR

EN PREPARACIÓN

La mala estrella

NECROLOGÍA TAURINA







MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

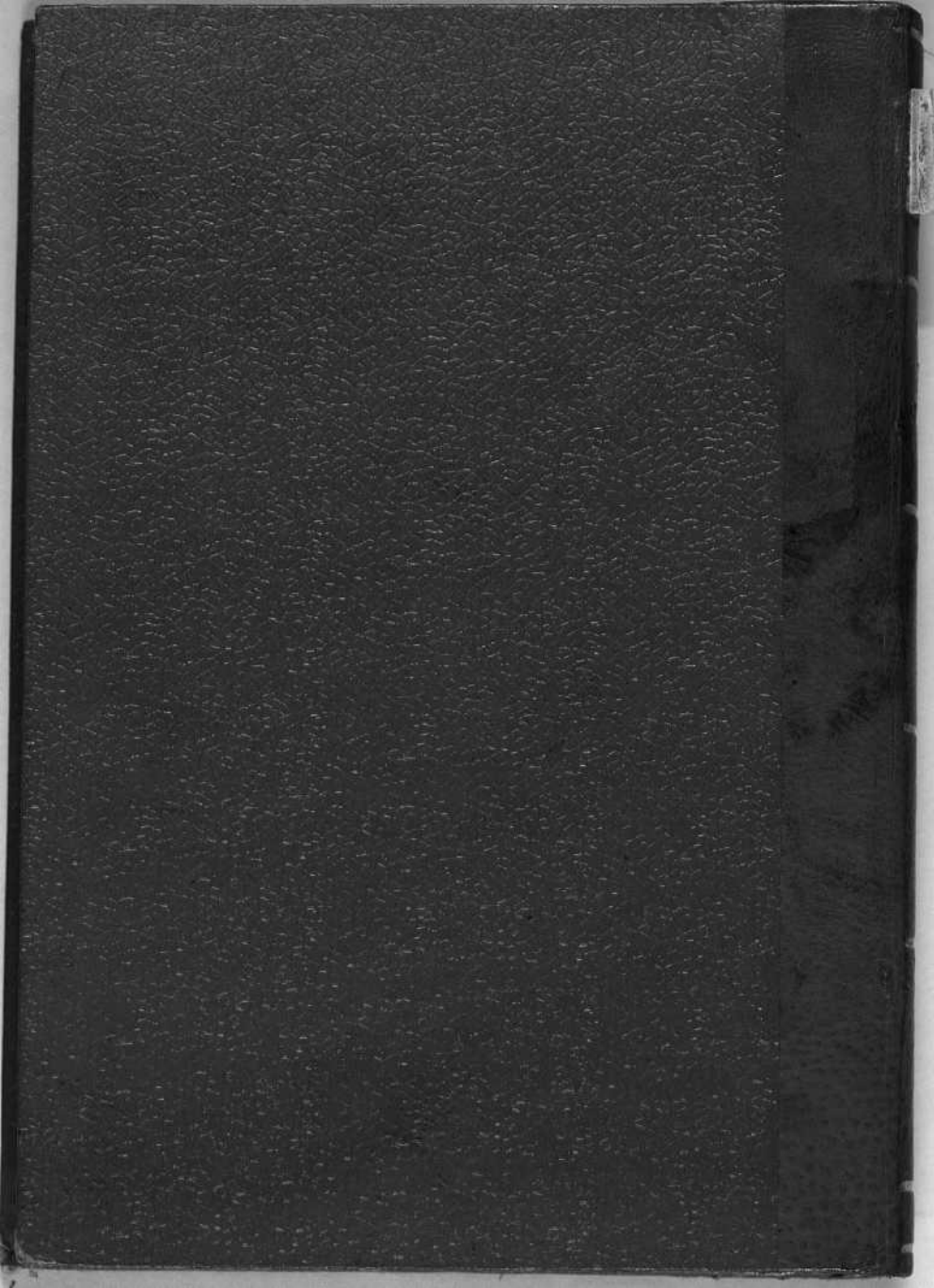
Pesetas.

Número... 256 Precio de la obra..... ..

Estante... 1 Precio de adquisición

Tabla... 6 Valoración actual..... ..

Número de tomos.. ..



216.

ANAS

BELMONT